

MEMORIAS

para la Historia de la Provincia de Castilla de
N. P. San Agustín escritas por el P. Fr. Juan
Quixano, hijo de la misma Provincia *

BURGOS

P. Fr. Rodrigo de Ayala. El P. Fr. Rodrigo de Ayala fue natural y nacido en esta ciudad de Burgos, y bien muchacho tomó el hábito en aquel religiosísimo convento. Era de gente principal; pasó por los estudios de Artes y Teología, y con ser bien mozo, siempre con mucho ejemplo, rigor y penitencia. Con deseo de conservar ésta y aumentarla se pasó a nuestros Recoletos, que empezaban entonces a fundarse, y así lo fue mucho y riguroso en conservarla, tanto cuanto en los más se han conocido. Jamás se le conoció buen lienzo, ni otra cama que unas tablas, debajo de la tarima y jergón, porque no se viesen. Deshacíase siempre que veía una quiebra en observancia de la Religión y sentíalo en extremo, como muy celoso del servicio de N. Señor. Y siendo prelado castigaba las culpas por pequeñas que fuesen, haciendo mucho asco de ellas, porque con la costumbre no creciesen y se hiciesen mayores. Fue en su trato muy leal y verdadero, no poco de estimar en estos tiempos. Era gran corista, no faltando de noche ni de día al coro, y siendo prelado jamás se podía acabar con él dispensase una noche Maitines. Era en las demás observancias puntualísimo; muy dado a la oración mental, que es el sustento del alma; disciplinábase rigurosamente, y ayunaba sin quebrar día de los nueve meses que ordenan las Constituciones Recoletas. Tenía en sí mismo una compostura y gravedad y autoridad, y era su celo tan fervoroso, que los muy relajados no osaban descomponerse delante de él, y siendo súbdito en el monasterio donde estaba, no osaban los prelados dispensar en nada. Predicaba con mucho espíritu, y siendo prelado en Ma-

* Véase *Archivo Agustiniiano*, LVI (1962). 203-246.

drid dio muestras de su mucha castidad. Porque como un día hubiese predicado con mucho fervor y con el calor se le encendiese el rostro que tenía 113 muy apacible y blanco, en una mujer perdida que le oyó se encendió el amor ciego, de suerte que bajando del púlpito le dijo que le quería allí una palabra, que la importaba muchísimo; escuchóla el siervo de Dios y, en pocas palabras y con menos vergüenza, le requirió, amenazándole que si no consentía con ella, daría orden de quitarle la vida; dijole su nombre y donde la hallaría. Ella era mujer de buen hábito y de quien no pudiera presumirse tal. Cerró el bendito Padre sus ojos y oídos al canto mortal de la sirena, fuese a su convento, desde el cual dio orden, con medios que puso, de reducir aquella mujer al servicio de N. Señor, lo cual alcanzó de N. Señor con muchas oraciones y disciplinas con que se afligió a sí y alcanzó para aquella alma el remedio. Fue humildísimo y echábasele de ver que, con ser letrado y el primero que entre los Recoletos leyó las Artes, era muy aficionado a preguntar a cualquiera por saber, entendiendo de sí que 113^v podía ser enseñado de todos. Murió en Zaragoza en la casa de los Recoletos, dejando en toda la ciudad fama de ser gran santo, que hasta ahora dura, y a quien deben imitar los dichos Padres Recoletos como a una de las primeras piedras fundamentales de su edificio —y nosotros los observantes—, pues se crió y salió de nosotros.

P. Fr. Pedro de la Cerca. Año de 1603, murió en este convento de N. P. S. Agustín de Burgos, el P. Pedro de la Cerca, varón insigne en la virtud que Cristo N. S. dijo a sus apóstoles que tuviesen que es ser simples, digo, sencillos como palomas. Pasó este Padre siendo mozo por algunos oficios de la Orden, porque no estudió, y viniendo a ser procurador de una granja y término redondo que tiene aquel santo convento, que se llama *Otero*, fue tan inculpable y limpio de manos en hacer su oficio, que con haberle tenido muchos años, cuando se vino al 114 monasterio por ser ya de edad mayor, no trajo consigo sino de veinte a veinte y cuatro reales de Misas que había dicho. Que según estas dos virtudes le conviene lo que con admiración dijo David, respondiendo: *Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus?*, responde: *Innocens manibus, et mundo corde.* El *innocens*, etc., responde a la fidelidad y limpieza de manos y el *mundo corde* a la sencillez tan grande que tenía.

Como la comunidad y coro de aquel regularísimo convento es tan grande, de día y de noche, apiadábase muchísimo de los hermanos, viendo cómo eran muchachos y que con la edad que gasta mucho y repara en poco y que con la gravedad de coro y continuación de estudios que tenían, andaban camados, por ejercitar su caridad con ellos, los tenía agua en su celda y, si habían menester, báculos para ir cuando les daban licencia al campo, a recrearse, se ejercitaba en hacerlos y dárselos. Tenía siem- 114^v pre hilo y aguja para darles y que se cosiesen y remendasen.

Fue enemigo en extremo, si puede haberlo en serlo, de murmuraciones, y así reprendía a los demás, por viejos que fuesen, si acaso les oía murmurar, aunque fuese con algún buen celo, de si iba al rezo, si cantó del coro más aprisa que solía o si alguno otro religioso no seguía su comunidad, si algún día solemne no se hacía el oficio divino con aquella pausa que otras veces; y a este tono de otras cosillas o faltas que en una comunidad tan grande podía haber descuido. Y así les decía a los tales. Padres, a nosotros que nos va en eso; callen, callen, obedezcamos y no nos inquietemos con celo de religión y observancia, pues en esto perdemos más que ganamos. El fue uno de los observantes frailes que hubo, muy solitario, recogido, jamás salía del convento, principalmente después que la Religión por su ve- 115 jez ya no le ocupó en oficio. Jamás dejó de seguir la comunidad en coro de día y de noche, y sus ayunos, así de la Iglesia como de la Orden, que son hartos. Su pobreza ya se ha visto. Decía todos los días Misa y con mucha devoción, las más veces Misas de mañana en aquel devotísimo y Santísimo Cristo que está en nuestro convento. Haciendo esta vida y tan continua, le llevó Dios N. S. para sí. Como la piedad de nuestro Dios es tan grande, pues siempre premia más que merecemos y cuando castiga es menos que nuestros pecados merecen, a este su siervo desde acá empezó a dar vislumbres y asomos del premio que allá le tenía guardado. Recibió los Santos Sacramentos con grandísima devoción y ternura y cuando le dijeron, y él lo vio, que se moría, me dijo el P. M. Fr. Juan de Camargo, Prior que era entonces del dicho convento, que de puro contento y gozo empezó a cantar mil alabanzas a Dios N. y de esta manera, cual 115^v otro blanco y puro cisne, se quedó, no pareciendo que había muerto, sino que empezaba a renovarse a nueva y mejor vida, que gozará sin fin.

P. Fr. Pedro de Valderrama y Fr. Martín de Montalvo. En este observantísimo convento fueron dos religiosos, entrambos de un espíritu, de una edad y de unos ejercicios, que fueron los PP. Fr. Pedro de Valderrama y Fr. Martín de Montalvo. Alcancés y yo a conocer muy viejos, pero con toda su edad muy observantes, grandes hombres, de seguir su comunidad y un coro tan perpetuo como hay en aquel convento, sin faltar de día ni de noche, por riguroso que hiciese el tiempo, que ya se sabe cuánto lo es en invierno en aquella ciudad; jamás salían del convento, si no es yendo a acciones públicas, ni aun de la celda, si no es para las obediencias de sacristía, coro o refectorio. Los ayunos de la Orden 116 los observaron con gran puntualidad, al fin, eran puntualísimos en sus leyes y Constituciones, y sentían en extremo, cuando veían se faltaba en algo del rigor y puntualidad que siempre ha habido en aquel convento. Aunque de los dos era más rígido el P. Fr. Martín de Montalvo que el P. Valderrama, todavía era más apacible. Esta vida tuvieron y guardaron toda su vida y así, habiendo recibido todos los Sacramentos, los llevó Dios con mucha paz, bien poco el uno antes que el otro. Harta falta han hecho en aquella comunidad, como la hace un buen mastín de ganado para que no acometa el lobo, pues con ladrar le suele defender.

P. Fr. Pedro de Pamplona. Este P. Fr. Pedro de Pamplona, lo más de su vida fue en nuestro convento de S. Agustín N. P. de Burgos, aunque vino a morir en el convento de Valladolid. Fue muy observante religioso, muy penitente en su persona, gran seguidor 116^v de su comunidad y de no faltar cosa de sus Leyes, que en todo las procuró guardar con gran puntualidad; y fue muy pobre y de espíritu, porque con confesar siempre a gente principal y que, como quien tenían, le podían y querían regalar, jamás admitió cosa de ninguna persona, contentándose con lo que la comunidad le daba. Era celosísimo de cualquier ceremonia o costumbre santa y loable que había en la religión; si veía que se quebraba alguna, lo sentía en extremo, y como el natural era algo rígido rompía y lo decía, aunque fuese Provincial o Prior. Hizo un día una extraña mortificación, y fue que, dando el Santísimo Sacramento a un religioso, vino un accidente de improviso, de suerte que le trocó juntamente con grandes cóleras y vómitos; acudieron a recogerle en una porcelana y el buen Padre, considerando y viendo que las

especies sacramentales estaban enteras, toma su aljofaina o porcelana y échasela a pechos 117 y lo bebió y tragó todo, teniendo respeto a aquellas especies santísimas. Caso que hizo por mortificación la gloriosa Santa Catalina de Siena, y de que todos los religiosos que se hallaron presentes se admiraron, y con razón, y más viéndole tan mortificado, que no hizo movimiento ninguno en el pecho y estómago de este siervo de Dios. Envióle Dios N. S. la última enfermedad; vio que se moría, pidió le diesen los Santos Sacramentos y, recibidos con devoción, le llevó Dios N. S. para sí. 117v

SEGOVIA

P. Fr. Manuel de Heredia. El P. Fr. Manuel de Heredia fue natural de la ciudad de Segovia y de lo más principal de ella, como lo son los de este linaje en aquella ciudad. Tomó el hábito en aquel nuestro monasterio, donde profesó. Desde mozo se dio mucho a la penitencia y ayuno, y lo uno y lo otro lo ejercitó toda su vida, de suerte que sus penitencias eran muchas, en disciplinas y de sangre, en traer muchos y ásperos cilicios y esto casi siempre sin cesar. Y dióle Dios fuerza con que pudiese continuarlo, aun en la vejez. Sus ayunos eran sin dispensación los de la Orden y el comer era muy poco, porque tenía mucha caridad con los pobres, y así en el convento de Valladolid, con haber tantos religiosos, él pidió licencia al prelado para darles la limosna: con esto no sólo cercenaba de su comida, pasándose con muy 118 poco, pero solicitaba con los demás religiosos, porque lo que comía despachaba presto con ello y luego se levantaba a servir e iba diciéndoles: "Ea, mis Padres, acuérdense de los pobres", y lo mismo a las cenas, que lo guardaba para dárselo otro día. Seguía su coro de día y de noche, sin faltar jamás. Visitaba con mucha caridad los enfermos religiosos y los consolaba, no sólo de palabra, sino con cuanto podía. Eran muy hermanos y muy amigos él y el P. Fr. Jerónimo Ortiz, al fin, como quienes confrontaban en los espíritus, y así N. P. ven. santo Fr. Agustín Antolínez, viendo cómo se le había muerto el dicho P. Fr. Jerónimo Ortiz, a quien había nombrado por primer prior de aquella observancia que quería plantar en la casa de Arenas y otros conventos, nombró al dicho P. Fr. Manuel de Heredia por prior. Fue, ejercitólo algunos meses y, como es cosa tan diferente

ser buena una per- 118^v sona o ser prelado, él no perseveró en dicho oficio: no he sabido en qué estuvo. Sus deudos, que eran los que he dicho, tenían gran deseo de ver y gozarle por su virtud; negociáronle licencia y mandato del P. Provincial para que fuese a Segovia; fue allí y le dio Dios N. S. una y la última enfermedad; llevólo con gran conformidad de la voluntad de Dios N. S. Recibió con gran ternura los santos Sacramentos y el de la santa Eucaristía; se vistió su hábito negro, se salió de la cama e hincado de rodillas, le esperó y recibió Y como estaba en casa de sus deudos porque no le viesen, aunque él daba por excusa que no sabían amortajarle con el hábito, él mismo se lo puso, como se acostumbra a los religiosos; su túnica, escapulario, calzas y zapatos y el hábito negro, y como si fuera a una jornada que le enviara la obediencia. Así, con aquella paz, dio su espíritu al Señor. Enterráronle con mucha honra, acu- 119 diendo toda la ciudad y nobleza de Segovia, lo uno por serlo él, y lo segundo por su mucha virtud y santidad, en San Agustín N. P. de Segovia, donde está esperando la reunión de cuerpo y alma. 119^v

VALLADOLID

P. Fr. Jerónimo Ortiz. El convento de S. Agustín N. P. de Valladolid es muy antiguo, grave, religioso; fue de los que más pronto y con mayor facilidad se redujeron a la observancia de cuantos tenía la Provincia. Ha sido siempre estimado de los reyes y más mientras la corte estuvo allí. Ha tenido muy graves y santos prelados; entre los demás fueron el santo Padre Fr. Tomás de Villanueva y el santo Fr. Alonso de Orozco; en mis días y que ha tengo el hábito han salido tres hijos de este convento por prelados en la Iglesia de Dios. Uno, aquel tan sin igual en su tiempo, Fr. Agustín Antolínez, primero obispo de Ciudad Rodrigo y después arzobispo de Santiago; otro, el P. M. Fr. Enrique Enríquez, obispo de Osma y después de Plasencia; otro, que vive hoy, año de 1633, obispo de Santa Marta en las Indias, que se llama el P. M. Fr. Anto- 120 nio Conderina. Entre estos prelados, y en esta casa, como prenda de las más ricas que de sí puede hacer alarde, es del P. Fr. Jerónimo Ortiz, cuya vida y santidad se echó bien de ver en su muerte, que en la vida siempre la encubrió. Fue natural este siervo de Dios de la misma ciudad de Valladolid, hijo de padres de

lo honrado de ella, la madre era muy gran sierva de Dios. Tomó el hábito en el dicho monasterio y, como se dice, no sin particular instinto de Dios N. S., y siempre, con ser bien niño, dió muestras de gran religioso, más que lo era de cuerpo, porque era bien pequeño. Fue después de profeso a sus estudios y al de Teología a Salamanca, y como me contó el P. M. Fr. Juan de Arenas, uno de los grandes predicadores de su tiempo y de prendas y de letras y prelado en diferentes conventos, era el venerable P. Fr. Jerónimo colérico de suyo y que su natural le tiraba esto, pero que con su virtud se vencía y le traía remedio al espíritu. 120^v Sus estudios prosiguió hasta poder con ellos estarse con consuelo en su celda y darse a leer los santos y entender bien lo que es saber gobernar almas, confesándolas, que no es de poco mérito hacer esto con valor y saber en los ojos de Dios N. S. Acabados los estudios volvió a Valladolid, adonde estuvo todo lo demás del tiempo que le duró la vida, que no fue mucho, pues murió bien mozo, aunque por la penitencia y aspereza y rigor de ella no parecía sino de más de 46 ó 48 años, tal y tan consumido le traía la aspereza de vida. En la cual penitencia se ejercitó toda su vida; traía siempre un áspero cilicio, que le tomaba desde los hombros hasta la cintura, pecho y espaldas. Los viernes usaba traer una gruesa soga de esparto, que le colgaba del cuello y con cinco nudos en forma de cruz, con dos ramales que le salían de los brazos de ella, y la traía ceñida hasta los ijares, penitencia que no es 121 posible dejarse de sentir mucho; fuera de lo cual traía y usaba muchas veces un rallo grande y áspero de hoja de lata, con muchos agujeros y púas, y así andaba el cuerpo lleno de llagas y vertiendo mucha sangre por aquel Señor que por nosotros la derramó. Tenía cada semana cuatro disciplinas de sangre (según me contó el P. Fr. Antonio Múxica, que fue su confesor tres años, que fue maestro de novicios en aquel convento y le confesó para morir): lunes, miércoles, viernes y sábados, y también todas las vísperas de Comunión de la Orden y de los Santos principales, que son muchos. y eran de suerte con tanta sangre, con ser hombre de pocas jijas, que, como me dijo el dicho Padre, era menester que las más veces mandase a algún novicio que fuese a lavar el coro antes que entrasen en prima los religiosos. Jamás vistió camisa de lienzo, siempre usó túnica de estameña y bien gruesa, y tanto, que aun en la última enfermedad de que Dios N. S. le llevó no 121^v fue posible

quitársela. Tenía de secreto en la cama una gran piedra por almohada y cabecera, y ¿quién duda que no le sirviese de memoria como la del Patriarca Jacob, y que de ella viese y gozase mil misterios y favores del Cielo? En los ayunos se esmeró, de suerte que jamás se le vio que comiese miércoles, viernes y sábado y todas las vísperas de fiestas de Cristo S. N. y de la Virgen Santísima Nuestra Señora, sino es pan y agua; los demás días no comía sino la mitad de la pitanza sin caldo, y si algún día daban algún principio, con ese se pasaba sin allegar a la pitanza, que ésta dejaba a los pobres, de quien fue siempre muy caritativo, que no era posible menos sino ser muy amigo de ellos, quien tanto aguantaba para tener que darles. Era pobrísimo, porque en su celda, si no es cuatro libros de casos y de devoción, una imagen de Cristo S. N. y una cruz (que fue tradición le hizo a él hartas mercedes), una muy pobre cama 122 y ésta más para cumplir que para usar de ella, sin tener jamás en ella lienzo, sino la almohada de piedra que he dicho; éstas eran todas sus alhajas. Su silencio fue eterno; por guardarle, guardaba la celda, de suerte que si no era obligado de las obediencias comunes y necesidades forzosas, jamás le vio nadie fuera de ella: y si le querían algo, como no fuera cosa de mucha importancia, no hacía sino abrir la puerta de ella y, con sus oios muy bajos y un mirar muy humilde, allí en pie despachaba lo que le querían, de suerte que se puede decir de él lo que dice Jeremías del solitario que se levantará sobre sí. La caridad que tenía con los pobres era de suerte que no se contentaba con dejarles su comida, sino que en saliendo el convento del refectorio y habiendo dado gracias en la Iglesia a N. Señor, como se usa en la Orden, volvía a él a recoger cuanto podía para dárselo y repartirlo: sin lo cual buscaba muchas limosnas entre sus conocidos, parientes 122^v y confesados, y así jamás faltaba qué darles; y muchos días les hacía una olla y él mismo se la llevaba y repartía a la portería, y decía que la mayor ventura y merced que le hacía N. Señor era que un tal mal hombre como él le permitiese este Señor que sirviese a sus miembros, que eran los pobres. Tan humilde era como esto y tan bajamente sentía de sí, y decía que no sabía cómo le sufría N. Señor en esta vida, siendo en todo tan inútil y sin provecho, y sin hacer cosa que buena fuese, y así que temía mucho la cuenta que había de dar a nuestro Señor, y más habiendo recibido tan innumerables beneficios, así en común como en particular. Y de esta humildad se temía tanto

de sí, que no osaba hablar ni salir de su celda, pareciéndole había de dar luego de ojos en cualquiera ocasión, por pequeña que fuese. En la oración, que ha sido siempre la llave maestra por donde con Dios N. S. se ha entrado siempre a 123 negociar y la puerta por donde este divino Señor ha hecho mil mercedes y beneficios a las almas, fue este siervo de Dios (y aún puedo decir este santo) tan continuo en ella, que me parece poder decir sin exageración que toda su vida desde que acabó sus estudios siempre fue de día y de noche a orar, y porque se vea ser esto, diré la disposición continua y sin interpolación que este ven. Padre tenía del tiempo de día y noche. Tañían a silencio, como se usa en los conventos donde se va siempre a Matines de media noche, a las ocho de la tarde, aunque sea de día, como lo es en verano; ya el P. Jerónimo estaba en su celda, que desde las gracias o de cena o colación se iba a ella, y estaba en oración hasta las nueve; luego pagaba el tributo a este cuerpo que tanto nos agrava y apesga, como dice el apóstol, dándole tres horas de sueño hasta las doce; estaba en sus Matines y en todas las demás horas como un ángel, con grandísimo respeto 123^v y atención; en acabándolos se quedaba en el coro, hasta que amanecía. A esta hora se tornaba a recoger a su celda, lo uno por descansar un rato mientras tañían a prima, en lo cual jamás se descuidaba, y lo segundo y principal por huir el golpe de vanidad que se le podía pegar de ser sentido y que se entendiese que perseveraba tanto y tan continuamente en el coro; iba a Prima y quedábase con los novicios y hermanos profesos al oficio de Nuestra Señora; luego se reconciliaba y ordinariamente era con los que eran maestros de novicios, y esto todos los días. Recogíase luego interiormente o (*en*) el coro o en su celda, y rezaba algunas oraciones que él tenía devoción para aparejarse a decir Misa, la cual decía con grandísima ternura y grandes afectos, que por más que procuraba encubrir lo que en su alma pasaba, no podía porque era mayor el fuego de amor divino que encendía en su alma el mismo Señor, 124 que vino sólo a abrasar nuestras almas en él. Y saben y experimentan esto bien los que han gustado aquel divino maná que está encubierto detrás de aquellos velos de los accidentes. Al fin, muchas veces prorrumplía estando celebrando en lágrimas, y muchas conociendo la majestad que allí está, y, como era tan humilde, la insuficiencia y bajeza que en sí sentía, que, dígolo en una palabra, aunque se pudieran decir muchas, fue devotísimo de

este divino Sacramento. En acabando de celebrar y dar gracias a N. Señor, luego se ponía en un confesonario a confesar algunas hijas que tenía de este Sacramento, y en ellas se echaba de ver, como en buen fruto, cuál era el árbol y tronco de donde procedía, como de tan buen Padre espiritual. Luego diré algunas de ellas, en cuanto acabe la disposición del tiempo y en qué le ocupaba el santo P. Fr. Jerónimo. Concluyendo, pues, con las confesiones, era ya hora de entrar en las Horas y Misa; luego acudía 124^v a su refectorio y dar de comer a los pobres, como he dicho. Recogíase en su celda, no a descansar, sino a guardar el silencio, orando hasta la una, en que iba al coro, aunque no fuese tiempo de Nona, y estaba en él hasta las tres de la tarde. En dando las tres, tornábase a la celda; leía y estudiaba un rato hasta las cuatro y media; entonces se iba al coro y se aparejaba para hablar con Dios N. S., y esto todas las veces que iba a él con un sumo respeto haciendo (como otro P. N. San Juan de Sahagún) examen de conciencia; en esto, y Completas y Antífonas y contemplación, pasaba hasta las seis y media; luego al refectorio, o que cena o colación, de que el bendito padre usaba bien poco o nada, como está dicho, de suerte que ya venía a ser más de las siete de la tarde, y entonces se tornaba a retirar a su soledad y celda, en que estaba hasta las nueve, que se recostaba un poco para ir a sus Maitines. 125 Quien tenía esta disposición del tiempo, quien jamás salía de este compás, bien se ve, y se puede decir que toda su vida era una continua oración. ¡Oh vergüenza nuestra, que siendo este nuestro santo hermano tan de nuestra naturaleza, y quizás de menos fuerza porque era bien delicado y de complexión bien flaca, hacía y se ejercitaba, no un día ni dos, sino toda su vida en tales ejercicios sin tomar jamás descanso de ellos! Quien tan continuamente y sin cesar hasta que acabó y rindió el alma en las manos de su Criador se ejercitaba en tan continua oración, bien se ve los favores, los éxtasis, los relieves que de aquella mesa divina le enviaría la mano larga y liberal de nuestro Dios. No se saben de éstos, porque ya he dicho y diré las veces que se ofreciere, que no sé qué tienen estos nuestros santos, que apenas se sabe cosa de ellos, sino lo que es imposible encubrirse; pero ¿cómo pudiera un alma llevar 125^v vida tan áspera y penosa y con un tesón tan continuo, si no fuera ayudada, como he dicho, con algunas ayudas de costa, que este Señor es tal que en las lágrimas, en la sangre y en todas las penalidades sabe dar dulzura,

como se la dio a San Esteban en las piedras, *lapides torrentis illi dulces fuerunt?* Cuenten otros autores de otros santos, y es justo lo digan, pues se sabe, grandes revelaciones y arrobamientos, que yo de estos venerables Padres y santos varones de mi Orden, no diré sino lo que he visto y oído a fidedignos Padres que lo vieron. Grande negación de sí mismos, una vida inculpable y, tras esto penitentísima, un celo grande de Dios y de las almas, una humildad profunda, una oración continua.

Ahora haré mención de algunas hijas de confesión que tenía este santo Padre, para que se vea cuáles serían las demás. Una era una señora muy principal que se llamaba D.^a Francisca 126 de Silva, rica y de las demás partes que el mundo estima; pues con tener todo esto, este siervo de Dios la puso en mucha penitencia; fue sobremanera caritativa, gran menospreciadora del mundo y de sus vanidades; en fin, no paró hasta recogerse en el hospital, donde llevaban el año de la peste a los apestados y donde estuvieron cuatro religiosos nuestros con grande ejemplo y caridad curando y administrándoles los Sacramentos. En este hospital estuvo esta señora ejercitando su caridad y mortificando su natural, curando a los pobres, y perseveró en este humilde estado hasta que Dios la llevó con grandes muestras de santidad.

Sea la segunda hija de nuestro santo P. Fr. Jerónimo la Marquesa de la Guardia, varonil y santísima mujer, conocida por tal, no sólo en Valladolid, sino en todo el reino, por ser de lo más principal de él, y como el siervo de Dios era tan menospreciador del mundo 126^v pegaba esta virtud a sus hijas, de suerte que esta señora vino a menospreciarle, de manera que, si no es con una criada y a pie, iba a San Agustín N. P. a recibir los santos Sacramentos y a los hospitales y se reía y hacía burla de las vanidades del mundo; y cuando se acordaba de en las que ella anduvo cuando doncella y casada, se reía y aún le pesaba de que tanta locura hubiese ella tenido.

Sea la tercera (*hija*) de este N. P. y santo hermano Fr. Jerónimo Ortiz aquella nunca asaz loada, ejemplo raro y no sé si jamás hasta ella visto, de la señora y santa (séame lícito nombrarla así) D.^a Luisa de Carbajal. Hija fue de ese N. ven. Padre, primero que cayese en otras cualesquiera manos, y así su vestido no era sino como una beata de la Orden: saya negra, cinta ancha de calzas. Y así ordenó el Cielo que, como hija de nuestro hábito y de San

Agustín N. P., viniesen a parar sus reliquias y cuerpo dentro de nuestra Orden, pues está en el Real Monas- 127 terio de la Encarnación de Recoletas nuestras de Madrid. Esta sierva de Dios, llamada del fuego de celo de la honra de su esposo, le dio tan vivos deseos de ir a predicar a los herejes de Inglaterra; comunicólos con los hombres más doctos y espirituales de España, con los Padres de la Compañía de Jesús, con quien después de la muerte de nuestro santo Fr. Jerónimo se confesó, comunicólos con aquel doctísimo y santísimo varón nuestro Fr. Agustín Antolínez, con quien comunicaba su alma cuando estaba en Valladolid; todos, después de muchas oraciones y limosnas que se hicieron para que Dios los alumbrase, se resolvieron en darle licencia y aprobar tal llamamiento. Determinóse con esto la señora a ir, y antes, como hija de N. P. San Agustín, dos doncellas muy honradas y virtuosas, como criadas a los pechos de su doctrina, las dejó remediadas, metiéndolas monjas Recoletas nuestras, donde han vivido y dado de sí el ejemplo de santidad que de tal crianza se esperaba. ¡Oh juicios eternos de 127^v Nuestro Señor! ¡Oh honduras de sus secretos y sabiduría!, que habiéndola dicho el Señor y comunicándolo con tan grandes ministros suyos, resolviendo todos fuese y que la llevaba el Señor y decía había de ser para coronarla a ella, pues era virgen, con la otra lauréola de martirio, y para que fuera doctora y maestra de muchas almas, va, está en aquel reino algunos años, apenas pudo conservar en la fe cual o cual alma, cuanto y más convertirla. Pues al padecer martirio, dos veces la prendieron los ministros de justicia, porque persuadía la fe y obediencia al Pontífice romano. Una vez que la hizo soltar D. Pedro de Zúñiga, embajador del rey D. Felipe III en aquel reino, por orden del P. M. Fr. Juan de Agustín, fraile de nuestra Orden y Provincial que ha sido de ella y hoy es confesor dignísimo del cardenal Infante Don Fernando, de quien yo supe todo esto; y otra vez que la prendieron la envió Nuestro Señor tan grande enfermedad que 128 sabiéndolo otro embajador, pidió se la diesen para curarla, y el darla y morir todo fue uno. Pero ¿quién duda sino que en los ojos de Nuestro buen Dios mereció el premio de sus encendidos deseos? Y sabiendo de estas prisiones el dicho rey, como tan santo y católico, pedido y rogado por la madre priora de nuestras Recoletas, la M. Mariana de S. José, envió orden a su embajador para que la embarcase y enviase a España; lo que no se pudo hacer siendo viva, se hizo ya

muerta y gozando de Dios, porque lo estaba cuando llegó el orden. y sus santas reliquias se entregaron a la Madre priora y su monasterio. Estas eran las hijas de este santo y venerable Padre, a quien confesaba y perfeccionaba en el camino de la santidad y virtud. Y de esta suerte eran otras, que, como más conocidas, sólo de éstas hago mención.

Quien tenía tanta caridad con los necesitados y pobres ajenos. que si no les dan en 128^v nuestra portería acuden a otra, bien se ve cuánta tendría con los que la tenían dentro de nosotros estando enfermos. Y así el tiempo que los había les visitaba y consolaba no sólo con sus palabras, sino con los regalos que podía alcanzar. Fue virgen y así murió, como me lo certificó el dicho P. Fr. Antonio Múxica, que, como era maestro de novicios cuando Dios le llevó, se confesó generalmente y con tanta entereza que ni aun con el deseo jamás se adelantó a hacer ni consentir cosa contra esta integridad y virtud, según me certificó el dicho Padre, virtud rara y, por tanto, más estimada cuanto más rara y dificultosa de alcanzar, pues apenas hay (*non est qui se abscondat a calore ejus*) quien se puede librar, aunque se meta siete estados debajo tierra, porque se lleva consigo el incentivo del fomex, que duerme, come, anda y se levanta siempre con nosotros mismos. Ténganos Dios de su bendita mano, como a este su bendito siervo, 129 que por ser tan dificultosa cosa es de alabar a quien ha sabido conservarla intacta; pero tal vida y penitencia hacía y tanta oración ejercitaba. Tuvo don de profecía, como se verá, en dos casos: el uno fue con D.^a Francisca de Silva, de quien he hecho mención. Supo que el siervo de Dios estaba enfermo de la enfermedad que Dios le llevó; envióle a visitar y a ofrecer cuanto hubiese menester y a decir el desconsuelo que tenía de no le poder ver. Recibiólo el santo estimando la oferta, y que la pagase Nuestro Señor tanta caridad, y que él no se olvidaría de ella; y que el deseo que tenía de verle, esperaba en nuestro Señor se verían muy pronto, que se aparejase. La sierva de Dios, en viendo que era muerto el venerable P. Fr. Jerónimo, como discreta y santa, lo hizo, pues luego se fue a servir a los pobres al hospital con gran caridad, donde estuvo bien pocos meses, hasta septiembre, que se la llevó Dios N. S. y se cumplió la palabra 129^v de su siervo.

El segundo caso fue con D.^a N. Suárez, sobrina de Rodrigo Suárez. Esta señora estaba en la cama muchos años había, sin levan-

tarse de ella, por estar perlática, y tan grande que apenas se le entendía palabra, sino con mucho cuidado y discurriendo quien la oía, de unas razones en otras; sólo (y este es un gran milagro, y llámole grande por ser muy continuado) cuando la iba a confesar el venerable P. Fr. Jerónimo, que era de ocho en ocho días poco más o menos, se le restituía su habla, como si no hubiese mal alguno. Pues a esta señora, yéndola a asistir y despedirse de ella, no sólo porque le habían hecho prior de Arenas, del que murió electo, sino de que no la vería más, como quien ya sabía de su hora y cuán cerca la esperaba. La buena señora se empezó a acongojar y decir: "Pues, mi Padre, ¿qué ha de ser de mí sin V. Reverencia? ¿Quién me consolará? 130 ¿Quién será alivio en mis enfermedades y trabajos? ¿Quién me entenderá para confesarme?" Y a este propósito, palabras muchas de gran sentimiento, a las cuales el siervo de Dios la respondió: "Ea, señora, buen ánimo, que yo fío en Dios que no ha de ser más menester, y que se le han de acabar presto todos estos males; y así concertemos los dos que el que primero fuese, ruegue a Dios N. S. le saque al otro presto para sí y libre de esta miserable vida." Y añadió, que entiendo sí será. Pues a los ocho días que había expirado el siervo de Dios, llevó este Señor a esta sierva suya. Bien se ve que esto, sin don particular de la sabiduría divina, no se podía saber ni menos lo dijera este Santo Padre, por ser sencillo y humilde, como se ha visto.

Al fin, como la vida fue tan áspera y de tan gran penitencia, ayunos y oración fuese acortando, de suerte que murió en lo mejor de su edad de treinta y cuatro años a trein- 130^v ta y cinco años: tanta prisa se dio a caminar mucho, por llegar presto a su patria. Cayó enfermo, confesóse generalmente, como he dicho, recibió todos los Sacramentos con mucha devoción y lágrimas. Al tiempo que hubo de expirar y salir aquella alma dichosa de la cárcel de este cuerpo, como esposa prevenida para cuando llamase el Esposo, siéntase de rodillas con un crucifijo en las manos, se quedó mirándole y riéndose, con sus ojos tan claros y sin quebrarse, que los médicos todos juzgaron y juraron que aquella muerte no era muerte de las ordinarias, sino sobrenatural y misteriosa, y de suerte que nadie le vio que juzgara estaba muerto, sino mejor que cuando vivo. Empezó luego Dios N. S. a honrar a su siervo, porque sin dar aviso a nadie de aquella populosa ciudad, voló la fama de que un fraile santo había muerto en San Agustín, y fue

tanta la multitud de gente de todos estados 131 que acudió, que aun el obispo D. Bartolomé de la Plaza, primer electo de aquella catedral, que vino luego al convento por ver al siervo de Dios y tocar y reverenciarle, no podía. Con gran dificultad le pudieron enterrar. Algunos años después abrieron su sepultura y fue hallado su cuerpo entero, aunque consumido; metieronle en un cofre aforrado de terciopelo, donde está al presente respetado como es razón, en una capilla del claustro, de los que alcanzan a tener noticia de su santidad y penitencia, que ya se acabó, y sus frutos goza ahora su alma en la presencia de Dios, por eternidad de eternidades, de que nos alcance con su intercesión ser participantes. Amén.

P. Fr. Francisco Fernández. Año de 1610, por el mes de octubre murió en este convento de Valladolid el P. Fr. Francisco Fernández, varón de inculpable 131^v vida, y sobre todo de extremada pobreza, que se puede decir con toda verdad fue extrema; fue una de las mejores voces de tenor que tuvo España en su tiempo, tanto que la Iglesia santa de Toledo salió y le convidó a darle muy gran partido; el rey D. Felipe II para su capilla, y lo desechó estimando más la pobreza de su monasterio que cuantas rentas podían darle; no se hacía de rogar jamás en cantar, ni jamás se le conoció los altibajos de yo quiero o no quiero cantar, sino que en mandándosele iba, y con mucho gusto. Fue gran seguidor de su comunidad y del coro, jamás faltando a él, y esto con una alegría muy grande; y lo mismo en todas las demás acciones de ayunos, disciplinas y ejercicios que mandan las Constituciones. Tan enemigo de singularidad, que por sólo esto, después de comer, estaba un rato con los demás religiosos. Sus salidas eran, muy de tarde en tarde, irse a 132 Nuestra Señora del Prado, monasterio de la Orden del glorioso San Jerónimo. Tenía muy linda razón, porque era muy cuerdo. Su pobreza, como he dicho y en que se esmeró este siervo de Dios, fue de manera que en su persona, sino es un hábito blanco, no tenía otro, y para lavarsele era necesario ponerse el negro; lo mismo en la túnica, que era de estameña; la celda, una estampa de papel, sin asiento ninguno, que decía bastaba la cama, y ésta era sólo como lo manda la Orden. Acaecióle que, como ya con la edad trajese anteojos en una caja, un día vio que otro religioso, que usaba también de ellos, los puso en el aforo de delante la capilla; y dícele cierto Padre, que hace bien en guardarlos

ahí; "y que yo no había caído en eso", y deja la caja de ellos, pareciéndole cosa superflua. En esta paz y continuación de vida le llamó nuestro Señor de edad de más de 132^v sesenta y siete años, recibiendo todos los Sacramentos. Y he oído decir que cantando y con gran muestras de que la virtud que había tenido se le empezaba a pagar desde que expiró. 133

MADRID

P. M. Juan de Vega. Yo no conocí a este P. Mtro. y había días que le había Dios llevado, pero oí a diferentes personas seglares y religiosas de la Religión, que fue notable varón apostólico, religiosísimo y grave. Fue confesor de la Princesa D.^a Juana de Portugal, madre del rey D. Sebastián, hija de Carlos V, emperador, y tan estimado de esta señora, que no hizo cosa sin su parecer. A él se le debe la fundación de aquel santísimo monasterio de Descalzas de Madrid Franciscanas y aquel ilustre hospital que está pegado junto a él para sacerdotes necesitados, y muchas cosas de sacristía, así de ornamentos de brocado como cosas de plata que dio a nuestro monasterio de San Felipe, en particular la custodia que dio para encerrar el Santísimo en sus fiestas, que es cosa 133^v de mucha estima en valor y hechura. A este venerable Padre se le debe, porque por su respeto dio la dicha Sra. Princesa la renta que tiene nuestro Colegio de Alcalá y por donde se llama real colegio. Fue tan estimado, digo, de esta excelentísima señora, que de que iba con su hermano el rey D. Felipe II a Aranjuez o a la casa del campo, si había asomado cualquier florecita o fruta, aunque no fuese sino una guinda o cermeña, se la enviaba a San Felipe con un propio, diciendo: anda, dad esa flor o guinda de mi parte a Fr. Juan, que es la primera que ha salido y escogido por mi mano. Fue muy gran predicador, y estimado por esto, y más por su virtud y santidad y gran entendimiento, y así apenas había príncipe ni grande que no le estimase; visitábanle muchos de estos señores, como a persona tal, y que tenía gran mano con el rey 134 y señora Princesa, pero solíase excusar de estas visitas con pedirles que él tenía que estudiar para predicar, que les suplicaba que le diesen lugar. Llegó a punto que le dieron dos obispados de los mejores de Castilla, y lo primero los desechó por su santidad y recogimiento, y lo segundo por lo mucho que sentía la dicha señora Princesa D.^a Juana su ausencia. En la última enfermedad que tuvo

esta señora, que ya se sabe fue el causarla su muerte el no se dejar curar de un cáncer por su mucha honestidad, sólo para el dicho P. M. Fr. Juan había entrada a su cámara en cualquier tiempo y sazón, y así no la dejó hasta el último término de su vida, ni se apartó, con ser bien penosa y aun asquerosa (que tampoco de esto se escapan los reyes), de su cabecera, y le dejó y antepuso en testamento a su hermano el rey, y de aquí es que 134^a nombró por el primer patrón de aquella obra tan majestuosa de las dichas Descalzas al prior que es o fuere de San Felipe de Madrid. A este venerable Padre se debe la fundación de nuestro colegio de Madrid de la Encarnación de la Sra. D.^a María de Aragón. Porque este P. Mtro., con su virtud, santidad y letras entre otras personas de grandes e ilustres que confesaba, fue a la Sra. D.^a María de Córdoba (que entiendo así se llamaba la madre de la Sra. D.^a María de Aragón). Esta señora fue la que dejó gran pedazo de hacienda y renta a la dicha su hija y la encargó que mirase lo que debían al dicho P. Fr. Juan, y que si no se casaba y (no) tenía hijos y sucesor la encargaba dejase eso y lo demás que pudiese para hacer una casa muy honrosa e ilustre de la Orden de S. Agustín, de quien ella era tan devota e hija; y la Sra. D.^a María de Aragón lo hizo tan cumplidamente 135 como se ve. Dióle Dios la última enfermedad, llevóla con mucha igualdad y sintióse tanto en la Corte principalmente del rey D. Felipe II, como conocía su virtud y enfermedad, que, en sabiendo que estaba enfermo, mandó a sus médicos que le curasen con todo cuidado, no perdonando a costa ninguna que fuese necesaria. El día último de la enfermedad salióse S. Majestad a la casa del campo, y a las cuatro o cinco de la tarde oyó que tañían a difunto en San Felipe; preguntó: ¿es aquello que tañen en San Felipe? Dijéronle: Señor, sí. Corre y sábeme si se por Fr. Juan de Vega. Súpose que sí, y al punto aquel gran monarca y prudentísimo rey dijo: vámonos de aquí, que no es justo tener recreación en ocasión en que ha faltado un tan grande de todas maneras religioso; y se tornó a palacio, y no dio audiencia ni despachó en aquellos dos días siguientes. Su sepultura estaba señalada antes que se hiciese la ca- 135^v pilla mayor que ahora tiene San Felipe, dentro de la que solía ser al pie del altar de Ntra. Sra., junto con la de la madre de la dicha Sra. D.^a María de Aragón allí me la enseñaron; como se ha trocado todo no sé que haya ahora memoria de ella. Bien fuera la hubiera de tan gran padre y reli-

gioso, pero como de estos son nuestros descuidos. Esto yo he hecho porque del todo no se pierda; pero cierto es no le habrá en aquel libro de la vida de los vivientes.

Fr. Pedro, portero. Conocí, siendo novicio, y después yendo a Madrid, siendo sacerdote, al hermano Fr. Pedro, que era tan venerable, con no ser sino lego, pero de corona, que nunca le llamaron ni prior ni otros prelados sino Padre, como si fuera sacerdote. Ya se ve la confusión de la portería de San Felipe; pues tenía, con un compañero donado solamente, tan recogida, con tanta gravedad y observancia, que no es- 136 taba más la de Salamanca. Siempre estaba rezando. Levantábase a las dos de la mañana y estaba en el coro hasta que era hora de abrir su portería. Era, aunque lego, de muy buen entendimiento, y así no había señor ni príncipe (que iban entonces hartos más que ahora a visitar y consultar padres gravísimos y doctos que había) que no le venerase viendo su virtud. En todo el día (no) dejaba su Rosario de la mano; era su caridad grande, en particular a mujeres vergonzantes y a soldados; dicese de él que parecía cosa milagrosa lo que en esto le sucedía, en razón de sustentar tantos pobres y enviarlos a todos consolados; al fin por su virtud fue estimado y querido del santo Fr. Alonso de Orozco, y se estaban muchos ratos juntos, porque el santo Orozco vivía allí cerca de la portería, en una celda baja del claustro. Murió como vivió, recibiendo todos los Sacramentos y con entero juicio, dando 136^v gracias a nuestro Señor que le llevaba para sí.

Fr. Damián López. A este Padre conocí ya bien viejo, pero con fuerza y muy buen juicio. Fue el que tuvo el cargo del gasto que se hizo en la obra de la lonja de San Felipe y en todo lo que estaba hecho de la Iglesia hasta que se dio el patronazgo y se acabó. y con todo era tan pobre, que si no es una cruz de palo, un escabelo, su cama de unas mantas bien viejas y dos libritos de devoción, no tenía otra cosa. Era de suyo algo colérico y tartamudo, y cuando más se enojaba, era decir: doyte doyte a Dios mil veces porque has hecho esto. Era hombre de oración, y así se levantaba todos los días dos horas antes de amanecer a tenerla y aparejarse para decir Misa (que siempre decía en San Felipe, donde tanto se madruga) la primera al reir del alba; y con ser tan viejo, siempre ayunó, no sólo los ayunos de la 137 Iglesia, sino todos

los de la Orden. Gran devoto de las ánimas del Purgatorio. Llevóle Dios, habiendo recibido los Sacramentos con mucha conformidad.

P. Fr. Antonio de Velasco. Al P. Fr. Antonio de Velasco, prior que murió de San Felipe de Madrid, aunque yo era bien niño, pues no tenía de catorce a quince años siendo novicio, conocí porque quiso que le fuese compañero de celda acudiendo a ella. Fue noble, y aunque en algunas cosas parecía sencillo, y más con la manera de hablar que tenía, pero era muy cuerdo y varón santo y así echaron mano de él para los prioratos mejores de esta Provincia, y de Andalucía, que estaban juntas: fuero de Sevilla, de Córdoba de Burgos, de Salamanca, de Toledo y últimamente de Madrid. Tenía este de San Felipe tan observante que certifico que poco después de profeso fui a los estudios 137^v de Salamanca, y que no hallé en éste cosa de observancia, ni en silencio, ni recogimiento, ni coro que se me hiciese de nuevo, sino que estaba en San Felipe tan en su punto la observancia como en Salamanca. Gran celador de la honra de Dios, si entendía que algún súbdito había faltado en esto era grima las disciplinas que daba, y a cada azote las palabras y sentimiento que decía y mostraba. Acuérdomme que envió a ordenar a unos religiosos, y porque no vinieron a la Cálenda y Maitines de la vigilia de Navidad, que les debió de mandar no faltasen, les dio unas disciplinas, que ha más de cuarenta años pasó esto, y las tengo presentes en mis oídos, y no bastó la intercesión del P. M. Fr. Pedro de Rojas, ni P. M. Pinelo, ni Fr. Jerónimo de Guevara, ni ser ya víspera de Pascua, diciendo que el fraile que no obedece no es fraile y que qué harán me- 138 tiendo la barba en el cáliz. Acostumbraba y debía ser costumbre antigua de nuestra Religión (que no lo he visto ya usar por nuestra desgracia) en la Provincia, que todas las vísperas de las festividades solemnes, después de la Antífona y Aspensorio, hacía sentar al convento, que no faltaba ni uno por grave que fuese, y con un celo santo más que elocuente decía la gravedad y santidad de la fiesta y el aparejo que para ella habíamos de tener, y esto con mucha devoción, acompañada de lágrimas, que enternecía al convento. Acostábase, con ser muy viejo cuando yo le conocí, muy tarde, hasta (*que*) el convento echaba de ver que estaba recogido, y con todo era de los primeros que estaban en el coro al amanecer; no consentía que nadie entrase en la celda de ninguno, por grave que fuese, sino con mucha nece-

sidad, y eso no en horas contra la Constitución. Cuidaba (lo que ya no se hace) con ser en Madrid 138^v que ningún religioso anduviese fuera de su celda, sino que los hacía recoger principalmente después de Vísperas, y así visitaba entonces la casa, como de noche, después de silencio, y lo mismo a mediodía, en verano. En fin, él fue observantísimo y regularísimo religioso. Y así le probó Dios N. S. muchos días antes con darle una de las enfermedades más penosas y dolorosas que puede ser, que es el mal de orina (y si no díganlo los que la han tenido); él la llevaba con suma paciencia y gran conformidad con la voluntad de Dios N. S., como yo soy testigo, aunque entonces bien niño. Lo más que decía era: *Oh Señor, dadme paciencia, pues si no viene de vuestra mano, ¿quién la tendrá? No podrá sufrirse tan gran dolor, como vos sabéis es éste que padezco.* Jamás le vi que tuviese (con ser, como he dicho, muy viejo) otro regalo en sustento sino el ordinario que da la comunidad, porque en todo fue muy conforme e igual en seguirla. Fue pobre en todo, porque con haber sido prior de los conventos que he dicho y definidor, no tenía más ajuar de celda que dos docenas apenas de libros, un Cristo en una cruz de una tercia, una carpeta ante la cama y consigo traía un *Agnus Dei* con reliquias del tamaño de un cuarto, que me dieron a mí y traigo conmigo hasta hoy, y éste es de ébano. Con estas virtudes y paciencia y dolores le llevó Dios N. S., habiendo recibido, con entero juicio, todos los santos Sacramentos, con mucha abundancia de lágrimas y pidiendo perdón al convento, cuando el de la santa Eucaristía. Honróle Dios N. S. en su muerte, porque fue en ocasión que estaba presente el P. General Fr. Gregorio Elpareense, que después fue Cardenal, título de San 139^v Agustín, cuyo capelo le envió Sixto V antes de salir de España. Hallóse este reverendísimo y asistió a su entierro, y todo lo florido de la Religión, que estaba allí a recibir al dicho General.

P. M. Fr. Gabriel Pinelo. Fue este Padre de los doctos en Escritura y leído en Santos que hubo en su tiempo. Fue prior de Madrid dos veces y Provincial, habiendo pasado por otros oficios de prioratos más inferiores; gran predicador, y así lo fue de D. Felipe II y de la emperatriz D.^a María su hermana, que vivió y murió recogida en las descalzas franciscas. Estimado mucho de todas aquellas grandes y santas señoras monjas, y así fue siempre señor

del púlpito de su monasterio, y como a tal hacían con él una singularidad que cuanto aceite gastaba en sus estudios, todo se lo enviaban de aquel gravísimo y santo 140 convento. Como he dicho, fue en su tiempo muy docto, y así en cuantas juntas se hacían, ora en materia de estado, ora de gobierno, siempre le llamaba el rey Felipe II, y en la en que se trató sobre el pagar sobre las moliendas de cada fanega un real. Este P. Mtro. nunca quiso venir y así, aunque para el mundo perdió y se cortaron las pretensiones, que en boca de toda la Corte fue de las capillas más beneméritas, pero para con Dios N. S. y para el bien de todo el reino, fue de gran bien. Y así, habiendo recibido todos los Sacramentos y muerto, se espera de la bondad de Dios N. S. goza de su premio. Harto le pedían muchos Padres de la Orden imprimiese (*sus obras*) sobre la Escritura; oí decir que el ser tímido, y que decía era diferente predicar viva voce o imprimir (*lo impidió*) y así no dejó nada impreso, aunque papeles sí, y de mucha importancia (1). Todo se perdió y otras Religiones se aprovechan de ello. 140^v

P. Fr. Francisco de Briones. En Campos hay una villa que se llama Cuenca. De ella fue natural el P. Fr. Francisco Briones, a quien yo conocí en San Felipe de Madrid. Fue uno, con el P. Martel, de los primeros que fundaron los Recoletos, y con sus admirables virtudes dejó ejemplo a los demás sucesores que siguen aquella descalcez en toda manera de virtud, de humildad, penitencia, ayunos, oraciones y, al fin, de toda perfección. Descalzóse en nuestro convento de Talavera, que le dio esta Provincia de Castilla de la observancia, para empezar esta manera de vida, pero como se fueron fundando otros monasterios, entre ellos el de la Nava del Rey, fue allí a vivir, adonde también murió. El tiempo que le duró la vida, aún antes que se descalzase, fue, como he dicho, muy penitente, solitario y contemplativo, porque toda su vida era una continua oración. De esto hicieron gran experiencia, y muy de propósito 141 los religiosos que con él vivían, porque, fuera de las horas del coro y comunidad, a las cuales de día y de noche invariablemente asistía, se encerraba luego en la celda, y aunque fuese muy de noche y hora desusada, le hallaban de rodillas puesto en oración. Perseguíale el demonio, viendo su inculpable y santa vida, con

(1) Estas dos adiciones las tomamos de VIDAL, M.: *Agustinos de Salamanca*, Salamanca, 1751, II, 331. que publica el pasaje íntegro.

luchas y tentaciones, no solamente interiores, sino que las sentían sensiblemente los religiosos. Con su ejemplo, con su desnudez, pobreza y religión se animaban todos a seguirle, de suerte que mientras vivió era aquel convento un paraíso del Cielo. Fue devotísimo del Santísimo Sacramento; aparejábase para celebrar la Misa con grande examen de conciencia y confesión sacramental, y decíala con muchas lágrimas, ternura y devoción. De todo esto ha querido Dios N. S. dar claro indicio después de muerto, que fue santamente como la vida, con grande paz y sosiego, y habiendo recibido, como tan hijo de la Iglesia, todos sus Sacramentos 147^v con grandísima ternura y devoción. Porque cuando este bendito Padre murió aún no estaba edificado el convento, sino que vivían los religiosos en una casa bien pobre del pueblo y así, como no tenían iglesia, le enterraron en la parroquia de la villa. Después acomodóse un cuarto del edificio y la iglesia de la forma que ahora está; tentaron los religiosos de llevar consigo los huesos de tan santo Padre; convocóse todo el pueblo para la translación; abrióse la sepultura, mas no hallaron sólo los huesos que pensaban, sino todo el cuerpo, tan entero, como si no hubiera muerto; no le faltaba ni aún un cabello de la cabeza; su carne blanca, sus miembros tratables, y especialmente el pecho, estaba en él la carne muy blanca y colorada, que ponía admiración, juzgando muchos sacerdotes que le habían conocido, que aquel pecho que tan devoto sagrario había sido del Santísimo cuerpo de Cristo S. N., se conservaba con tanta 142 blancura y hermosura, más en particular que otros miembros, para dar Dios N. S. a entender, cuanto se había agradado de la devoción de aquél su siervo. Está este cuerpo ahora enterrado en la capilla mayor de la Iglesia de nuestros Recoletos de la Nava, encima de las gradas, a un lado del altar mayor.

P. M. Fr. Juan de Castro, Arzobispo de Santa Fe. Fue natural de Toledo el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Castro, Arzobispo que fue de Santa Fe en el reino de Granada. Tomó el hábito en aquel insigne convento nuestro de aquella insigne ciudad, y desde mozo dio muestras de lo que había de ser después, porque en acabando sus estudios, empezó a predicar, y con tanta elocuencia, que siempre fue muy estimado y seguido en los mayores y mejores púlpitos de España; dejóse llevar de esta manera y galán modo de decir todo el tiempo que le 142^v duró la flor de su juventud y edad

Después, en entrando ya en la edad y mirando y cayendo en la cuenta, y, sobre todo, Dios N. S. que le abrió los ojos, echó de ver que en todo aquel verdor y flor se le iban en flores, sin sacar ningún fruto de provecho; y así por esto, como que le movió N. S., y tomó por medio el mismo que él había escogido para agradar a los hombres. Permitiendo Su divina Majestad que, aunque en Salamanca (donde hay tanta gente moza y que gustaba de ese modo galano de decir, más que de su aprovechamiento) y en otras partes le oyesen bien y grandes concursos, en Valladolid le sucediese tan al contrario que de ninguna manera le oían. Aquí comenzó a abrir los ojos y echar de ver cuán poco vale la industria humana, aun para las pretensiones humanas, y cuán corto es nuestro caudal cuando el Señor no acude a perfeccionarle. Con 143 esto cayó en la cuenta y en el modo que había de tener de predicar; trocóse en otro varón y comenzó a predicar como un apóstol y para las almas, y con tanto espíritu, que asombraba el mundo, y más viendo una mudanza tan de repente la gente echó de ver el gran tesoro que Dios N. S. tenía encerrado en aquel su ministro, y así le seguían con tanto concurso que las más capaces iglesias eran pequeñas. Dificultosa cosa es predicar espíritu quien no le tiene ni trata de él, porque la candela muerta mal puede encender a otras. Y así este admirable predicador se dio a mucha penitencia, gran mortificación, silencio, continuo recogimiento y una perpetua oración y devoción, que arrojaba llamas de sí, con que la fama de sus virtudes y santidad se divulgaba, no haciendo menos fruto con su ejemplo vivo que con sus vivas y encendidas palabras, y con deseo de llevar 143 sobre sus hombros la cruz de Cristo S. N., con toda aquella perfección y aspereza que él aconsejaba a los demás. En este tiempo se fundaron de esta Provincia de la observancia de Castilla los Padres Recoletos, y para esto dio la casa de Talavera. Viendo el Padre Fr. Juan de Castro la observancia grande con que se fundaron y el espíritu con que Dios N. S. le apretaba a mayor perfección, penitencia, mortificación, determinó de pasarse a ellos, porque el intento de esta Provincia en hecho de verdad, no fue hacer Congregación aparte, como hoy están, teniendo tres Provincias, y Vicario General, y extendidos por toda España y aun ya han pasado a Indias, sino que hubiera cuatro monasterios adonde los que quisiesen más recoger y retirarse, lo pudieran hacer y estar el tiempo que quisieran, y volverse a la observancia, cosa que fuera de

harto provecho, porque con esto se criaran hombres espirituales 144 que pudieran ir sustentando y aun aumentando más la observancia. Estuvo, pues, el P. Fr. Juan de Castro dos años en el dicho monasterio de Talavera, hizo en ella grandísimo fruto con sus sermones y el día de hoy, que es el año de 633, al cabo de más de treinta años, está allí tan viva su memoria como si estuviera predicando, porque el fruto que en ella hizo dura hasta hoy, de muchas almas que se entregaron a servir muy devotas a N. S., como me dicen lo hacen; y fue tan estimado de todos y tan señor de sus voluntades, que la virtud todo lo arrebató y trae tras sí, que viendo que el muro viejo de la ciudad atravesaba por la puerta de los dichos padres Recoletos y parecía imposible el derribarle, un día, acabando de predicar, exhortó al auditorio a que hiciesen limosnas, y, entre las demás, que sería muy agradable a N. S. dar orden de que aquella tarde aquel muro fuese de- 144^r rribado. Convidó y pidióles viniesen aquella tarde a trabajar de limosna. Pues apenas había acabado de comer el convento, cuando estaba todo lleno de gente: caballeros, hidalgos, que hay muchos, y, en fin, de toda suerte de gente, bajó el P. Fr. Juan con su azadón, y fue el primero que comenzó a cavar, fuéronle siguiendo todos, y con tan gran devoción que parecían unos novicios, y con tanta prisa que en aquella tarde se derribó todo, cosa que parecía imposible en muchos días, pero era de ver y enternecer ver muchos caballeros e hidalgos con hábitos a los pechos, mercaderes y gentes muy honradas y poderosos estar cavando y sudando, y con mucha devoción cavando: que les parecía que no era buen cristiano el que allí no empleaba todas sus fuerzas. Esto se ha dicho para que se vea la fuerza que tenía en sus palabras y sermones.

Como era de suyo delicado de comple- 145 xión y la vida era áspera, cargáronle muchas enfermedades, de suerte que le obligó a volverse a la observancia y fuese a aquel santuario de San Agustín N. P. de Salamanca. Aquí no dejó, sino que prosiguió en sus ejercicios de mortificación, de oración y muy dado a todas las cosas de espíritu; sus pláticas con todos, así de los Padres ancianos como de los frailes mozos, eran todas de Dios; no eran muchas, sino pocas, porque hablaba poco, excusando cuanto podía el hablar y la conversación de todos; su estancia era o la celda o el coro. Si alguno le iba a hablar, lo primero con que lo recibía era decirle: seamos santos, sirvamos a Dios, y de aquí proseguía su plática es-

piritual. Fue muy humilde: jamás se le vio u oyó que se alabara de sus sermones ni de los auditorios que tenía. Si alguno le decía una palabra que oliese a alabanza, callaba, sonreíase y meneaba la cabeza, como haciendo burla y desesti- 145^v ma de ello, y esto en ocasión cuando todo el mundo le tenía por santo y muchos le nombraban así. No se pudo escapar de ser prelado, carga que el día de hoy (como están las cosas) es de las más pesadas que puede ser, y así fue prior de San Agustín N. P. de Valladolid, estando allí la corte de Felipe III, y fue lo para probar Dios su paciencia y humildad. Fue en la Corte muy estimado del dicho señor Felipe III y de los grandes de la Corte, y más en particular del Conde de Lemos, Presidente de Indias, los cuales viendo las prendas y virtudes de este excelente varón, le hicieron Arzobispo de Santa Fe en el nuevo reino de Granada en las Indias; consagróse en San Felipe de Madrid, y fue grande el sentimiento que causaba su ausencia en toda la Corte, y más viendo sus años y vejez, y sus pocas fuerzas, y el apóstol que salía de ella, y así todo se juntó para que se quedase; y le nombró 146 el dicho rey por su predicador, dándole una moderada renta con que pasase. Otros desean ser arzobispos y obispos para salir de su Orden y quizá cansados del yugo de la Observancia, pero este santo varón no así, no dejó jamás su convento ni celda, aunque pudiera con su renta sustentar su casa y su autoridad. Perseveró siempre en la humildad de su vocación, predicaba muy de ordinario, pospuesta su autoridad y pompa. Sentíase ya cercano a la muerte, porque tenía setenta años, y con tener esta edad y ser continuo en la predicación, añadió nuevos rigores, penitencias, oración, coro: cuanto las fuerzas le daban lugar, aunque las llevara arrastrando. Certificóme el P. Fr. José de Mendoza, prior de Medina, que ha residido en Madrid mucho, que los dos años antes de su muerte jamás se acostó en cama, sino que se echaba sobre una estera, el rostro sobre ella y que a la mañana le sacaba señalado con 147^v las empresas del esparto, y que por amor de los criados deshacía la cama para que no se entendiese. Hasta los Maitines de la noche no dejó; la mortificación interior y exterior cada día le ejercitaba más. El último sermón que predicó en San Felipe fue, según dijeron todos, un juicio de Dios, con tan grande espíritu y fuerza, diciendo y despidiéndose desde el rey hasta del más mínimo, porque dentro de ocho días él había de dar cuenta a N. S., amenazando los grandes trabajos que hemos

experimentado en estos reinos por los vicios de España, y más de los grandes y señores: fue como lo dijo, porque en bajando del púlpito le dio N. S. la enfermedad de que al séptimo le llevó Su Magestad, recibiendo con gran devoción y humildad todos los Sacramentos. Murió con gran fama de santidad, y así acudió toda la Corte a su entierro, venerándole como era justo; ¿quién duda si no que tiene 147 eminente lugar en el Cielo, pues prometió Cristo S. N.: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus erit in regno caelorum?* (De) quien tanto hizo y enseñó, esto se puede creer y esperar. He oído que el P. Fr. José de Castro, su sobrino, escribe su vida; esto poco he dicho yo, porque quede alguna memoria.

P. Fr. Juan de Contreras. A este Padre le conocí yo. Vivió en Valladolid, después le mandaron a San Felipe de Madrid. Era muy recogido, que si no es a confesar, que era en lo que se ejercitaba, no salía de su celda. Muy puntual en seguir su comunidad y callado en los ejercicios que hacía, que siempre han tenido esto nuestros religiosos serlo en sus penitencias, y que no se malogren con la vista y ojos del mundo. Fue muy devoto de las ánimas del Purgatorio, y así rezaba mucho y muy ordinario por ellas. Sobre todo fue muy sufrido en diferentes enfermedades que le envió Nuestro Señor, 147^v pero en la que más se vio su paciencia y la gran conformidad con la voluntad de Dios N. S. fue en su mal de orina y piedra que tuvo, y por muchos años, antes que Dios le llevase, y fue de suerte este sufrimiento que el médico que le curaba y de cuando en cuando le iba a ver para hacerle algún remedio, sabiendo cuán intensos dolores son los de esta enfermedad y la gran paciencia del dicho Padre y el gozo y contento con que los llevaba, se espantaba y no acababa de maravillarse de tan gran sufrimiento. Llevóle Dios, al fin, de esta enfermedad y con estos dolores, después de haber recibido con gran devoción y alegría los santos Sacramentos. Cuando lo supo el médico, dijo: quiérole ir a ver y cómo ha quedado el rostro del dicho P. Fr. Juan, porque no es posible sino que haya quedado desfiguradísimo y consumido con tantos dolores. Y es de advertir que de suyo no era nada bien agestado, porque los ojos tenía hundidos, la nariz era 148 chata, boca grande y muy barbado. Pues fue N. Señor servido que le dio a aquel cuerpo muerto una nueva hermosura y resplandor, que apenas quien le había visto vivo le conocía después de muerto, y el

médico juró que aquella era cosa sobrenatural, que no se hallaba en los términos de la naturaleza. Tuvo gran mano con muchos señores principales y en palacio con las damas, ejercitándose en la administración del Santísimo Sacramento de la Penitencia; pero él fue tan menospreciador de todo lo que es honra e interés, que no quiso ni se valió de estos favores, y así fue pobrísimo en persona y celda, y por este despego le estimaban y querían, como les sucederá a todos los que lo hicieren.

El P. Fr. Agustín de Santa María, mártir. Con gana de que se conserve la fe en las Islas Septentrionales han procurado los Pontífices y ayudado los Reyes Católicos, principalmente los de España, para que haya seminario de las di- 148^v versas naciones, como de ingleses e irlandeses, volviendo a su tierra, puedan no sólo dar nueva de ella, sino plantarla y defenderla, cuando se ofreciere ocasión. De estos colegios y seminarios han entrado muchos en diferentes religiones adonde los ha llamado Dios N. S. y después en hábito de seglar, aunque decentes, al uso de sus tierras, que, al salir de España toman (*dejando*) con harto sentimiento de sus almas el de la Religión y frailía, van y cada uno hace y sirve a Dios N. S., a su santa Iglesia Católica Romana y a honra de su Religión, conforme al talento que el Padre de las lumbres les comunica. De éstos fue uno el bendito P. Fr. Agustín de Santa María, hibernio e irlandés de nación. Tomó el hábito de nuestra sagrada Religión en el convento de San Felipe de Madrid. Dio siempre de novicio muestras de lo que había de ser, y a qué le llamaba Dios N. S., que era a ser sacrificado por él. Fuese disponiendo dándose mu- 149 cho a la oración, cuanto las obediencias comunes le daban lugar; muy humilde, obediente, compuesto y siempre con gran muestra de alegría y contento. Y como el intento de la Religión en dar hábito a los tales es para que, habiendo estudiado, vayan a sus tierras a predicar y enseñar la fe, en profesando luego le dieron estudio y así le mandaron a Burgos, donde le dieron estudio de Artes y oyó Teología uno o dos cursos, y la acabó de oír en Salamanca. En estos conventos, como tan graves y religiosos, prosiguió en ser lo que había dado muestras en el noviciado, de muy modesto, callado y compuesto en todas sus acciones, todas prendas que ponía N. Señor en aquella bendita alma. Acabados sus estudios trató de volverse a su tierra, llevado de aquel divino

fuego (que abrasa y no consume) de la salvación de sus naturales, reino tan pervertido con herejías, cuanto en otros siglos lleno de Santos; la fe anda por los rincones escondida y la herejía y maldad 149^v en público triunfante como la Babilonia del Apocalipsis, y así se orrecen a cada paso hartas ocasiones para dar su vida y entregarla al martirio, que son los intereses que granjean los católicos. Salió el P. Fr. Agustín de Santa María de España para su tierra el año 1625, y sea para honra de Dios y para que este santo se acuerde de mí: fui yo gran parte para que el Presidente de Hacienda, D. Baltasar Gilimón de la Mota, caballero del hábito de Santiago, le diese una muy buena ayuda de costa para el camino. Llevaba grandes deseos de morir por Cristo S. N., y parece se los iba el Señor cumpliendo, pues en llegando a su tierra, como era conocido por hijo de sus padres, y que sabían los enemigos de nuestra Santa Fe había estado en España y estudiado en ella, y aun era religioso, en viéndole le conocieron y prendieron los males que tienen en aquel reino asalariados para que den luego cuenta de los Papistas, que así llaman a los católicos. 150 Denunciaron de él y de otros sus compañeros ante el gobernador de la ciudad, el cual le prendió, y trayéndole a juicio, le preguntó si era Papista y sacerdote, porque de esto es lo que les preguntan, pareciéndoles que si preguntándoles si son cristianos y católicos y les condenasen a muerte, como lo hacen, los respetaría más el pueblo; y así la acusación que hacen los enemigos y cargo de los jueces es el de ser Papista y sacerdote, y de que van a revolver e inquietar el reino, y que son enemigos de la patria, y que van contra las leyes del reino y contra la autoridad y majestad real y su preeminencia y señorío superior en temporal y espiritual. Respondió el bendito y valeroso mártir con su ánimo y brío intrépido: yo soy católico y no reconozco por otra cabeza de la Iglesia sino al Sumo Pontífice Romano; soy sacerdote en el católico reino de España, me ordené de todas las órdenes rite y legítimamente por obispos católicos como lo son 150^v todos en aquellos reinos; soy más, religioso para mi gran suerte y ventura, y profeso en la Religión de mi gran Padre y Doctor de la Iglesia S. Agustín, tan enemigo de herejes, como vosotros sabéis. Todo esto dijo el valeroso mártir Fr. Agustín de Santa María, y no fue menester tormento que le diesen, sino con gran alegría y esfuerzo de su bella gracia lo confesó, que los tales cristianos, cuando vive en ellos el Espíritu Santo como en templo, en

casa propia, esforzados de tal virtud, no temen a los tiranos, pues cuando más lo que quitan es la vida del cuerpo, que ellos tanto desean dar por su Dios y Señor, y que se vea en eso el fuego de caridad que les abrasa. Quedóse admirado el gobernador de ver la libertad con que aquel religioso le respondía, y cuán de antemano le salió a responder a las preguntas que le podía hacer y el gusto y alegría con que se ofrecía a la muerte, que a los ojos de los malos es la cosa 151 más terrible de las que se pueden ofrecer. Determinóse de enviarle desde Irlanda a Inglaterra, a Londres, que es la corte del rey Charlos o Carlos, que es aquel príncipe de Gales, que pocos años antes hizo aquella jornada a España, que dio qué pensar y que decir en todo el mundo. Ya se ve lo que el glorioso santo padecería por el camino y mar, que es de los dificultosos y peligrosos del mundo; ¿quién duda del maltratamiento en palabras, en obras, en sustento y todo lo demás? Que si no fue, como dice San Ignacio glorioso de sí, acompañado de diez leopardos, que eran otros tantos desgarrados soldados, sería bien poco menos, pues los tales poco se han mejorado del trato y herejes que aún son mayores enemigos nuestros que los paganos de el tiempo de San Ignacio. Presentado, pues, N. P. Fr. Agustín ante los jueces de aquel parlamento, mostró la misma constancia y libertad en confesar la integridad de nuestra fe y verdad de la Iglesia 151^v romana, y que nadie se puede salvar fuera de ella, como ni se salvó fuera del arca de Noé, como la había mostrado en Irlanda y temiendo los herejes que si le martirizaban, viendo tan gran valor, y no visto hasta entonces, aun en muchos mártires que habían quitado la vida, que se habían de reducir muchos a nuestra santa fe e Iglesia romana, tuvieron por mejor no le martirizar, sino desterrarle de todos los reinos de su corona. Embarcáronle, echáronle en Flandes; estuvo allí algunos pocos meses, y como el señor Dios nuestro le tenía ya escogido para uno de sus escogidos mártires, no le sufría al bendito P. Fr. Agustín el fuego de amor de su Dios que le abrasaba el alma hasta ofrecérsela en holocausto y así se volvió al reino, empezó a predicar ya en secreto, ya entre muchos católicos que le conocían desde la prisión pasada, hacía gran fruto en muchas almas, que era imposible dejar de emprender fuego tan intenso en almas, aunque tuviesen poca disposición, y hacer sus efectos en ellas. Con esto supiéronlo los jueces, que como se ha introducido en aquel reino por la astucia de Satanás, que muchos de los herejes

están asalariados para que se finjan católicos, y así se meten en las juntas de ellos, y andan con ellos, y se fingen aún más cristianos que los verdaderos, y así con este ardid, dentro de muy pocos días que entra un religioso o sacerdote católico lo saben los jueces de la maldad. Sabido, pues, por ellos, holgaronse en extremo de que se hubiese vuelto para con esto tener ocasión de martirizarle y quitarle la vida, no a título de Papista ni de católico romano, porque no le respetasen, sino de violador y quebrantador de sus leyes y gobierno y destierro que le habían dado. Senténcianle a muerte, sin más averiguaciones, sácanle de la cárcel e iba el santo con un gozo y alegría como quien se le cumplía lo que tanto 152^v deseaba y que le parecía, que de esta vez no se le había de despintar tan gran merced venida de la mano de Dios, como don singular, juntamente iba predicando nuestra santa fe y cómo es imposible salvarse si no es confesando la santa fe y católica, y dando la obediencia al romano Pontífice, y aunque le apremiaban a callar, él más a publicar lo dicho. Llegó al lugar del sacrificio, hincóse de rodillas, mientras se aparejaba el instrumento con que le habían de martirizar, y orar secretamente. El tormento con que comúnmente los ingleses quitan la vida a los gloriosos mártires es ahorcarles de la pértiga de un carro de los largos que vemos algunos en España; echan el lazo al mártir estando de pies en el suelo, levantándole en alto, y de esta manera le bajan y levantan dos o tres veces, y antes que expire y acabe de morir, llega el verdugo, corta la soga y, con un alfanje o cuchillo grande, le abre todo 153 el pecho, y entrañas, y sacándoselas y la asadura; y vez ha acaecido, enseñárselas en tanto vive al paciente, y otras crueldades a este modo, y cuales se pueden esperar de enemigos tan grandes, como son los herejes. Así, pues, martirizaron a nuestro Padre y él dio su vida por Cristo S. N., y goza la más dichosa por eternidades con el mismo Señor. Quemaron su cuerpo porque no quedase ni aun ceniza de él para que no le respetasen los católicos, pero ni un cabello se le perderá en el tesoro de Dios, a quien ruegue por nosotros y esta Provincia, como hijo de ella.

P. Fr. Jerónimo de Guevara. Fue el P. Fr. Jerónimo de Guevara hijo de padres nobles y de la nobleza más antigua de España, que es la de los Guevaras, tan conocidos por tales en toda ella. Su padre se llamó D. Antonio de Guevara, su madre D.^a Catalina

de Salinas y Bracamonte, como consta de su profesión. El D. Antonio, después de 153^a viudo, como antes de casado, se había ejercitado en sus estudios de Teología; después se dio a ellos y para estar más desocupado, se entró y tomó el hábito en los Canónigos Regulares de San Agustín N. P. de San Isidoro de León; fue el que escribió sobre el profeta Habacuc, tan estimado de todos, como se ha visto por experiencia. De tales padres y tan nobles fue hijo el dicho Padre; como quedó muy niño con la muerte de la madre y el retirarse del padre al monasterio, envióle (*sic*) a que se criase con sus parientes, aquellos señores Guevaras de Avila. Estos caballeros tienen gran parte de hacienda en un lugar, cuarto de legua de la villa de Fontiveros, que se llama Migadeles; tienen casas que para aldea son bien principales, y una capilla en la Iglesia de este pueblo, principal y antigua, para su entierro. Aquí se crió nuestro buen P. Fr. Jerónimo, teniendo cuenta con él una señora bien principal de Fontiveros y de la misma casa. 154 muy conocida y estimada que se llamó D.^a Ana Becerro. Y D. Juan Beltrán de Guevara, arzobispo que fue de Santiago, le acudía como a sobrino largamente lo que había menester. Decíame esta señora, cuando yo estuve en Fontiveros, que desde niño dio muestras de su gran habilidad y lindo juicio, y una agudeza grandísima, y aun le querían todos que se andaban tras él; y quisole de suerte que, aun después de muerto, le llamaba mi Jerónimo, y mi querido y otros nombres de ternura a este propósito. que dicen las mujeres a los niños que quieren y estiman, como esta señora quería y estimaba. Enviáronle a que estudiase latinidad, que entonces estaba Medina en la flor de sus riquezas y estimación, y así todas las cosas lo estaban, y el estudio de la Compañía de la misma suerte. Era de ver las ventajas conocidas que hacía a todos sus discípulos, con haber, según me han dicho, en aquel tiempo más de quinientos estudian- 154^v tes de Villa y tierra, así de Arévalo, Olmedo y Madrigal y Avila, porque no habían entrado los Padres de la Compañía en ninguno de estos lugares Avila ni Arévalo. Con todo la mocedad y la viveza de ingenio le hacía algunas veces descuidar como muchacho, y así un día le quisieron azotar por la falta del estudio y lecciones que le habían leído, y él se había descuidado (caso que confiesa N. P. S. Agustín en sus Confesiones le acaeció a él mismo), que fiado de su gran ingenio con los mismos achaques de muchacho, se descuidaba y le castigaban; y séase N. Gran Padre,

después que hizo el libro de sus Confesiones, que con tener otras travesuras mayores y dignas más de castigo, éstas le disimulaban y aquellas le castigaban con rigor, a lo menos con harto sentimiento, como él lo confiesa, porque temía mucho los azotes. Al fin, N. P. Fr. Jerónimo a este modo sintiendo los azotes que le habían 155 amenazado, huyendo de ellos, se fue al monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la Orden de S. Agustín N. P.; y esto todo lo sé de su boca, que aunque él era predicador, que se arrastraba la corte, y yo bien niño, y vio mi llamamiento, me lo contó, y daba gracias particulares a Dios N. S. que le hubiese llamado a casa que se intitulase de Nuestra Señora, y decía: *al fin me llamó esta Señora a casa suya, allí había yo de empezar a recibir mercedes de mano de esta mi Señora.* Era prior del dicho monasterio el P. M. Fr. Gabriel Pinelo, uno de los mayores predicadores y escriturarios que tuvo España en su tiempo, y conociendo su nobleza, su habilidad por ser tan notoria, le dio al punto el hábito. Crióse novicio y esperó algo de tiempo por no tener los diez y seis años cumplidos para la profesión. Aunque el llamamiento fue tan poco ocasionado, pues fue huyendo de unos azotes, y que un muchacho en pasándosele 155^v aquel miedo, y más asegurándole que no habría otra ocasión en que se los diesen, y que le prometían todos los regalos y libertad que aquella edad apetecce, y que sus padres lo sintieron e hicieron grandes demostraciones de él, nada fue poderoso para apartarle ya de su propósito: tan de veras le trocó Dios N. S. y le fortificó aquel tierno ánimo. Sea él bendito por siempre.

Ibase disponiendo nuestro buen novicio y, por mejor decir, íbale Dios perfeccionando para mayores cosas; dióse a la oración, que es el primer movedor de todas nuestras acciones y el norte por donde las almas se han de gobernar, y así desde entonces apetecía y deseaba mucho la soledad y estar retirado, y cuando vio que en la profesión prometía de vivir en la Orden de Ermitaños de S. Agustín N. P. dijo: que se había holgado interiormente con un gozo y contento que no sabía él declararlo 156 y que le parecía que algún día le había Dios N. S. de cumplir sus deseos; y si viviera le hiciera, como diré luego, y se verá por unas anotaciones que hizo sobre algunos capítulos de la Regla de nuestra Orden.

Díjome un día la merced que Dios N. S. le había hecho en darle ingenio para entender con gran presteza y casi por sí las

Artes y Filosofía, que las estudió en nuestro monasterio de la Ascensión de Cervera; y también que fuera del curso que leyó muy cumplidamente en nuestro convento de Toledo donde sacó muy lucidos estudiantes, por condescender la Orden y dar gusto al Conde de Barajas, Presidente del Consejo Real, leyó un curso a su hijo religioso nuestro Fr. Francisco Zapata y otros seis religiosos en Chinchón, en cuarenta días, y algunos salieron razonables estudiantes: tanta habilidad y claridad de ingenio tenía. Estando en Toledo leyendo sus Artes y bien mozo, acaso 156^v viendo su habilidad, le encomendó el prior que era entonces que predicase el sermón de las Letanías, porque había de ir aquella Santa Iglesia en procesión a nuestra casa. El sermón fue tal, que desde aquel punto cobró grandísimo nombre y fama, de suerte que viniendo a noticia de aquel Illmo. gran príncipe de la Iglesia, D. Gaspar de Quiroga, cardenal y arzobispo de aquella santa Iglesia, deseó oírle, y le encomendaron en aquella santa Iglesia el sermón de la venida del Espíritu Santo, y le acertó de suerte que apenas había sermón de estimación en toda aquella ciudad e ill.mos conventos de religiosas que no se los encomendasen. Viendo la Religión su gran talento y tan gran capacidad, envióle a Salamanca a que empezase a pretender; leía algunas lecciones extraordinarias en la universidad, y como predicaba algunos sermones en nuestro monasterio y otras Iglesias, pedíale la escuela que en lugar de 157 leerles algunas materias escolásticas, les perifrasede algunos salmos; hacíalo ya en latín, ya en romance; era para ver y dar mil gracias a Dios la gente que le seguía, porque apenas quedaba ningún estudiante ni colegial de toda la universidad que dejase de oírle. En fin, le dio Dios uno de los mayores talentos que tuvo España en su tiempo. La Orden, desde Salamanca, donde estuvo un curso entero y predicó la primera Cuaresma, viendo las grandes ventajas y don que le dio Dios N. S. en razón de púlpito, de primer voleo y puesto, le puso en San Felipe de Madrid, y no se engañó en ello, porque desde el primer sermón que predicó, fue tan oído como si hubiera seguido a aquella Corte o él tuviera muchos años, que no eran de veinte y seis arriba. Era Provincial de esta Provincia el P. Fr. Antonio Monte; tuvo gana de ir a Roma, como fue al Capítulo General, y para autorizarse a sí mismo y aun 157^v a esta Provincia, llevó consigo al P. Fr. Jerónimo de Guevara, y como era una luz tan clara y resplandeciente, en llegando a Roma donde se celebraba,

a los primeros sermones que predicó en Santiago de los Españoles, no quedó no digo español, en cuya lengua predicaba, pero los más de los cardenales, con lo que entendían de ella, le oían con notable aceptación y gusto, espantados de que un religioso tan mozo fuese tan eminente, y que empezaba por donde otros, al cabo de mucho estudio y ejercicio acababan. No importa saber cómo ni porqué se disgustó con su Provincial en Roma; los naturales eran bien encontrados, porque el Provincial era áspero, terrible, por no decir altivo ni soberbio, y así le sucedió así en esta jornada como después habiendo venido a la Provincia; él se vino antes que el dicho Provincial, algunos meses antes, cierto que entiendo que fue casi un año. Tornáronle a poner en el 158 mismo púlpito de San Felipe de Madrid, y si bien le oía y seguía la Corte antes de ir a Roma, con notables ventajas y aplauso le seguiría después. Y no me espanto, porque le sirvió la jornada de una gran mudanza, porque, aunque siempre había sido un buen religioso, de esta venida granjeó un darse y entregarse de veras a todo lo que es perfección de caridad, recogimiento, oración, al fin, el *coepit facere et docere*: todo lo que predicaba, obraba; testigo soy, siendo novicio, que la penúltima Cuaresma que predicó en Madrid, vi juntos en San Felipe tres distintos sitiales, y dudando donde se pondría cada uno: uno, el Ill.mo Sr. D. Gaspar de Quiroga, cardenal y arzobispo de Toledo; otro, el Nuncio de su Santidad; otro, el Presidente del Consejo D. Rodrigo Vázquez; ya se ve a este paso los Grandes y Títulos que le seguirían. Estos eran de suerte que el santo Padre no se podía valer (*sic*) de ellos, porque dos y tres, apenas 158 se había bajado del púlpito, cuando ya ellos estaban esperándole en su celda; y como a un apóstol le estimaban, y se tenían por dichosos en consentírles se quitasen sus capas y espadas, y, en cuerpo, unos a componerle en la cama, otros a calentarle y mudarle la camisa; y el P. Fr. Jerónimo, aunque lo sentía harto y les pedía por amor de Dios no hiciesen tal, sino que se fuesen y le dejasen, era imposible.

Entre muchos sermones que predicó a aquel prudentísimo rey y dechado de reyes católicos Felipe II en su capilla, fue el de la translación del Apóstol Santiago; estuvo allí S. M., no como rey, sino como Maestro y administrador de la Orden; predicó un sermón con tanto espíritu, con tantas letras, al fin, tan gran sermón, que aquel rey, que miraba primero cualquier meneo que hacía, que le saliese una palabra de su boca, tan recatado era como esto, no pudo

sufrir ni 159 detenerse, sino que dijo en acabando de predicar: *¡Válgame Dios y gran sermón ha predicado Fr. Jerónimo; no me acuerdo haber oído otro tal!* Oyóle Don Juan de Tarsis, correo mayor, muy aficionado a nuestro hábito, y apenas habían acabado los oficios divinos en palacio, cuando parte para nuestro monasterio, preguntando dónde estaba el P. Fr. Jerónimo, y esto a voces, de suerte que dio que pensar a los que le oyeron, qué será esto de venir el correo mayor, tan desgolado, preguntando por el P. Fr. Jerónimo. Y era para decirle lo que había oído a aquel rey, como cosa tan desusada en él, y que la grandeza del sermón le había hecho salir de su acostumbrado estilo y gravedad. Pues cierto que nada de estos favores lo sacaron de su acostumbrado estilo y humildad y trato llanísimo que tenía con el más mínimo religioso y donado. Como había juntado con la doctrina y estudios, la oración y trato con 159^v Dios, era de ver el provecho grande que hacía en las almas, aun en las muy espirituales. En las monjas Carmelitas descalzas hacía muy de ordinario plática por las tardes, porque aquella santa madre Ana de Jesús, a quien dedicó el P. Fr. Luis de León la vida de la santa madre Teresa de Jesús, era priora entonces, aunque después la enviaron a Francia y Flandes a fundar monasterios de ellas, era de suerte lo que gustaba de sus sermones; y esto, decía, por el gran provecho que sentía y que hacía en las almas de sus monjas, con ser tan retiradas y siervas de Dios; y cuando no podía predicarles, les hacía algunas pláticas a solas y por las tardes. Yo le acompañé, recién profesó, a dos pláticas, y les iba declarando el salmo 118, *Beati immaculati in via*, y esta sierva de Dios, la madre Ana de Jesús le decía, no hemos de parar en importunar a nuestro Señor hasta que V. P. sea un santo y muy grande (1) 160 y su Iglesia para que le sirva a él y ayude a las almas. El celo de éstas y que estaban en aquel tiempo muy profanas las comedias, y casi al modo de las representaciones de la gentilidad, y que no había mujercilla que anduviese en ellas que no tuviese su Grande o Título amigado, con grande escándalo de toda España, le hizo predicar y tomar la mano con grandísimas veras, para desterrarlas de toda ella. Como le oían los tres príncipes que lo podían a cada uno remediar (el Ill.mo Arzobispo de Toledo, el Presidente de Castilla y el Nuncio) un sermón, quitase su capilla y habla desde

(1) Evidentemente, al pasar de página, el copista sufrió una distracción y saltó algunas palabras del original.

el púlpito con cada uno de ellos, pídeles, que casi se hincó de rodillas, pusiesen remedio en esto, diciendo cuán grande escándalo era de la cristiandad, y que en una corte de un rey que sólo había quedado católico hubiese tan grandes ocasiones de pecados y tantos amancebamientos, y con los personajes mayores 160^v de España, y que estaban más obligados a ser, como tales príncipes, los dechados y ejemplares de todas las demás repúblicas. Y para que sus Señorías vieses con cuán gran fundamento y autoridad de Santos les persuadía a la obligación que tenían de desterrarlos del mundo, cuanto y más de España, les leyó allí muchos Santos, cuyos libros y autoridades llevó al púlpito y se los leyó. Dicen que fue este sermón un juicio de Dios, y que estaban todos aquellos Señores y Príncipes, como temblando, y el pueblo todo dando gritos y suspiros al cielo; en fin, él fue un día de sermón que parecía el último del juicio, y fue Dios servido aprovecharse de manera que, dentro de muy pocos días, salió una cédula de S. M. D. Felipe II y orden del Consejo Real, en que, so gravísimas penas, les mandaron que no representasen, y a todas las justicias de la misma manera para que no los consintiesen, pena de privación de oficio y pecuniaria.

Quitados los representantes de esta suerte 161 por la doctrina y celo del P. Fr. Jerónimo de toda España, ellos, como gente que vivía sin temor de Dios, no perdieron el odio que contra él tenían concebido, por verse destituídos, como ellos decían, de su sustento y gusto y libertad con que vivían y estimados de todos los Señores, que tenían tan ruin trato con sus mujeres. Fue tanto lo que sintieron los comediantes, que dieron en un concierto diabólico y de Satanás (y esto lo digo porque fue público y se vio el efecto) y fue que uno de ellos tomase el hábito en San Felipe; fingióse como raposa muy devoto, gran servicial; diéronsele, aunque de lego; él tuvo traza, porque no había ido ni tomado el hábito por otro fin, sino por darle rejalgar y veneno; permitiólo N. S. y vino a morir de él. Y digo se vio por el efecto, porque desde que cayó malo, le dio una sed insaciable, y, aunque le curó el Dr. Valles, proto-médico de S. M. y que le envió el mismo rey, sabiendo que estaba tan malo el P. Fr. Jerónimo para que le curase, y que cuanto fuese menester fuese a su costa y de su botica, y le quitó la calentura, ni le pudo mitigar la sed, antes le dijo el dicho Valles: P. Fr. Jerónimo, V. P. queda sin

calentura; mire que le va la vida en no beber, porque en bebiendo se dé por muerto. Y así fue, porque no pudiendo sufrir la sed tan grande que decía se abrasaba el estómago y entrañas, dejó dormir al Padre que le velaba, que se llamaba Fr. Alonso de Oro, y se levantó de la cama sin que le sintiese nadie, y bebió, y al punto se sintió él mismo que se moría, y llamó al dicho P. Oro, que luego llamó al convento, y diciendo mil dulzuras y ternuras, como él solía, aun estando sano, decir a la Virgen Santísima Sra. Ntra., y una imagen de esta Señora, linda y hermosa, que traía siempre consigo, e invocando a los dulcísimos nombres de Jesús y María, dio el alma a su Dios y Señor. Y no le quiero hacer mártir, aunque fuese verdad le dio rejalgar aquel representante 162 que sólo tomó el hábito, según fue público, para esto; pero con no más ocasiones suelen a otros siervos de Dios darles este título gloriosísimo, pues murió en defensa de la virtud, por el celo de la honra de Dios, y de ver las deshonestidades, profanidades y tan malos y públicos escándalos, y en una corte de un rey tan católico le fue causa de su muerte tan temprana, pero no malograda, pues habiendo profesado año de 1570, a la edad de diez y seis años a 12 de febrero, murió Pascua de flores año 1589, que son de toda edad treinta y cinco años, dos meses, poco más o menos. *Brevi vivens tempore implevit tempora multa.* Sucedió la noche que le dio la enfermedad un caso bien de advertir, como se verá, y pronóstico de su muerte, y casi señalando quien se la había dado, y fue que él había echado sermón para el lunes santo en San Felipe; pues me certificaron que a aquel novicio lego representante le envió a tañer a sermón de parte de noche el maestro 162^v de novicios, que se llamaba P. Fr. José de Tapia, harto buen religioso; estando tañendo, empezó a sentirse malo y achacoso el dicho P. M. Fr. Jerónimo, y el sentirse malo y el quebrarse la campana con que tañían a sermón todo fue uno, con que era una de las mejores o la mejor que había en toda la corte, caso que dio, después de muerto que pensar, de ver que hacían su sentimiento las cosas insensibles y aquel instrumento que lo había sido tantas veces para llamar al pueblo a que viniesen a oír tan gran misterio (*ministro*) de la palabra de Dios, y que la quebrase aquel lego, como señalando que él también era el que había de quebrar y matar a tan gran predicador; y confirmóse todo esto más, porque en viendo que vio malo al P. Fr. Jerónimo de

Guevara, sin ocasión, ni de parte suya ni del convento, pidió sus vestidos y se fue.

Réstame decir cuán devoto fue de la Virgen Sra. Ntra., porque en esta materia per- 163 día pie, si se puede decir perder, que no se puede sino decir ganarse de todas maneras ser esclavos de esta Señora, y así, él decía que no sabía cómo se llamaba devoción, la que se tenía a la Virgen, pues no era sino obligación forzosísima, como lo es respetar a la reina, sólo porque fue madre del rey. Y así en unos escolios y apuntamientos que hizo sobre la Regla de N. P. que irán en este cartapacio ingeridos (1) para que no se pierdan por ser de tan grande espíritu, como ellos dicen, tratando allí de si se había de rezar en aquel monasterio o no algunas devociones más, fuera del oficio divino, dice en el párrafo 7 estas palabras: Yo debo amar y servir a la Santísima Virgen Señora Nuestra María lo que no es posible decir; y hame ido tan bien con esta deuda toda mi vida, que ninguna cosa desearía a mis hermanos y amigos como verlos abrasados en devoción y amor de esta reina. Y no hablo más palabras de esto, porque mi poca 163^v prudencia lo ha hecho público, que no es fervor realmente, sino poco saber el que me ha hecho dar voces a mil gentes, como en mil partes, cerca de esta materia". Ahora el que leyere estos seis renglones, léalos con atención, repare en cada palabra, y verá en este Padre venerable un fuego abrasado en amor de esta Señora y una humildad profunda, y un desear que todos muriesen de amores de esta Princesa de los cielos y madre de nuestro Dios, reparadora de todas nuestras faltas y quiebras.

Díjome un día el mismo Padre, ya he dicho su llaneza y agrado, y con estar en el punto que estaba, y yo, criatura y novicio, no de quince años y medio, me decía mil cosas que por él habían pasado, trazas son del Señor, quizá sin saberlo él ni reparar yo entonces en ello quedase memoria de estas cosas y que hayan ya pasado más de 42 años, y esté yo ahora tan en ello como si me lo dijera este día que lo escribo. 164 Fue lo que me dijo, que un día, estando en Toledo leyendo su curso, como los calores de

(1) Nuestro copista nada dice acerca de estos escolios o apuntamientos, mientras observa que las hojas referentes a Sor Ana de Vega parece que nunca estuvieron "pegadas" al libro de Quijano por él utilizado (*Archivo Agust.*, 56, 1962, 53). Posteriormente dijimos (*Arch. Agust.*, 56, 1962, 246) que las hojas de Sor Ana se encuentran en Londres. De los escolios de Fr. Jerónimo, por el contrario, ninguna noticia hasta el presente.

aquella ciudad son tan excesivos, mandasen los médicos a la gente moza que, de cuando en cuando, se vaya a bañar. Una tarde a puestas del sol fue nuestro Padre lector con algunos de sus estudiantes; pues estándose bañando, descuidóse y vino la corriente con tan gran furia, como lleva por allí el río Tajo, arrebátale e íbale ya a ahogar sin remedio ni reparo humano, porque se turbó de suerte que no pudo dar voces que los compañeros le ayudasen, pero valióle la Virgen Ntra. Sra., porque en aquella agonía, aunque perdió el sentido, no el acuerdo de esta Señora, y de lo íntimo de su corazón llamó y dijo sólo el nombre de María; valed y socorredme, María; y al punto (me certificó) que sin saber cómo ni de dónde, ni quién le había sacado de tal peligro y puéstole a la orilla en salvo; en fin, María fue a la que 164^v llamó, invocó y ella a él le libró de la muerte.

Fue, cuando aquella jornada que hizo a Roma, a la cámara santa de Ntra. Sra. de Loreto, que me dijo que lo que más le había movido a ir a Italia sin poner excusa a su Provincial, es por visitar aquellas paredes y adorar y besar adonde María había puesto sus sacratísimas manos y plantas divinas; no paraban sus deseos sólo en esto, sino traía algunas reliquias de esta santa Cámara. Pero poníanle grandes miedos muchos diciendo los peligros que por tierra y mar habían padecido todos los que habían sacado cualquier cosa de ella, o de tierra, o ladrillo, o madera; aunque todo esto le decían y oía nuestro devoto peregrino, no le sosegaba su deseo y codicia santa de dejar de procurar traer algo; encomendóse muy de veras a esta Señora, dijo su Misa, pidióla le ayudase y no castigase su hurto santo, pues no era su deseo sino estimar cosas suyas, como de 165 su Señora y Reina; pues llégase a una alacena que está en aquella cámara angelical, donde la Virgen Sra. Ntra. guardaba sus cosas y costura, y como que la adoraba y besaba, con los dientes arrancó un pedacito de madera del marco de la alacena; cuando él se vio con tal prenda en su boca, fue tanto el gusto interior que sintió que, me dijo, no sabía si era posible significarle, y que le dio tal confianza, que le parecía todo lo que le habían dicho al contrario; porque, decía, que qué borrasca, qué peligro, qué tempestad le podía a él venir ni dañar teniendo tal prenda de su Señora; y así fue, porque en embarcándose por de vuelta para España, día de S. Jorge, se levantó una grandísima tempestad, y no sólo no temió, y le pareció que se levantaba por tener él y haber sacado esta

reliquia de Loreto, pero le pareció que con ella venía seguro más que si estuviera en la celda de San Felipe de Ma- 165^v drid. y así la sacó a luz y mostró a los vientos y borrascas y ellas al punto se sosegaron. Pues después, habiendo yo profesado, una mañana díjome le acompañase; fuimos en casa de un platero para comprar un relicario en que poner esta santa reliquia y también como una uña de la camisa de esta misma Señora y tenerlas allí en custodia y con decencia. Sabe Nuestro Señor digo verdad, que él bien descuidado de pensar me había de dar nada de ellas, y yo más, porque no sabía adonde íbamos, cuando vi que las sacaba de un tafetancito, para meterlas y encerrarlas en un relicario de oro, hícele tantos ruegos, inquémeme de rodillas, aunque casi estábamos en la calle, pues era a la puerta de un platero en Madrid, díjele que no me había de levantar si no me daba algo de ellas. Conjuréle por nuestra Madre y Señora que me diese alguna parte de ellas. En oyendo este conjuro y mi devoción, aunque añiñada, no pudo dejar de darme de ellas, y así me dio de la camisa de mi Señora un hilito y de la madera de la alacena 166 una raspita; pequeñas son entrambas, pero por ser de esta mi Señora no hay prenda pequeña, todas son de más estima que las perlas del oriente, ni diamantes, ni cuanto tiene el mundo; doy os yo, mi Señora Madre, mil gracias, y porque valgan algo, ayudadme Vos a darlas a Vos misma, pues sabéis Vos muy bien que cuando bien niño, delante de una imagen vuestra en San Salvador de Madrid, suplicándooslo yo que pues no tenía padre ni madre, vos lo fuéades, no quiero decir que Vos me habláredes desde vuestra santa imagen, pero diré con mucha verdad, que interiormente me lo certificasteis, lo seríais; mas ¡ay de mí! ¿Qué he hecho después acá? Mil traiciones a tal Madre y Señora, y puedo decir lo que N. P. S. Agustín *fefelli matrem...* engañé a mi Madre, y ¡qué Madre!; y la he ofendido millones de cuentas sin reperar que érades mi Madre; pero esta razón os pondré, mi Señora, siempre delante, que sois mi madre, y aunque yo he sido alevoso hijo, he yo de decir como el otro perdido *ibo ad matrem meam* 166^v a mi Madre me quiero volver, pues no tengo otro reparo ni acogida; ea, mi Madre; ea, mi Señora; ea, mi consuelo; sedme consuelo, sed Señora, sed mi Madre, a este hijo perdido, y haced que ya no sea perdido, sino, por vuestros amores y servicios, muy ganado y restaurado.

Como tan devoto de la Virgen Sra. Ntra. rezaba todos los días,

por grandes ocupaciones que tuviese de sermones, que había semana de seis, y todos, ya se ve, de cuán gran cumplimiento eran por ser en Madrid y pedidos para la Capilla Real, Consejos, Nuncio, Señor Arzobispo y otros de esta manera, el oficio y el Rosario de Ntra. Sra., de quien era cofrade. Porque, yendo un día a Ntra. Sra. de Atocha, se asentó, y acompañéle aquella tarde e hizo que me sentaren por cofrade. Fuese un verano a León, donde estaba su padre D. Antonio de Guevara, y era Prior de San Isidro, lo uno por ser tierra más fresca que Madrid y dar vado al trabajo de los sermones, de que era imposible huir el cuer- 167 po a muchas personas a quien no los podía negar: Ibase algunas tardes a un soto junto al río a divertirse, y sus divertimientos eran el darse a la oración en aquella soledad y campo y otro lado estudiar. Una tarde, entre las demás, se levantó una grandísima borrasca, agua y granizo, de repente; viendo el P. Fr. Jerónimo que iba delante, recoge sus libros y dase prisa a ponerse donde no se mojase; olvidanlese las Horas de Ntra. Sra., y cuando no se pensó, echólas menos; empezóse a angustiar, no por las Horas, sino porque tenía en ellas una estampa e imagen de la Virgen Sra. Ntra., y que con tan gran agua, ella y Horas, todo se había perdido y destruido; pues, aunque ya tarde, vuelve al soto y bosque adonde se le habían quedado, y me certificó, que un buen espacio a la redonda y circuito de ellas no había caído ni una gota de agua, cosa que le alegró el alma de ver cómo la Virgen Sra. Ntra. había vuelto por su descuido y su imagen y figura.

Entre todas las festividades y miste- 167^v rios de esta Señora, el que con más ternura y grandes muestras de devoción celebraba era la de la huída de la Virgen Sra. Ntra. a Egipto; aquí sí pedía a los Señores que le querían bien sus colgaduras, riquezas y olores para aderezar la Iglesia: y hacíase tan bien y con tan grande majestad y grandeza, riqueza y olores, y con todo el acompañamiento y concurso que había de Grandes y Señores y de Señoras que había en la Corte; él predicaba, y si bien en las demás fiestas de la Virgen era devotísimo, en ésta y en su sermón se las ganaba a sí mismo con muchas vestajas, considerando este misterio llevaba fuera de la capilla del convento la Real (1) o, por mejor decir, ellos se ofrecían a ir sin ningún premio, tan querido era de todos; com-

(1) Nuevamente notamos que el copista se ha saltado algunas palabras, que no podemos subsanar.

ponía sus letras el mismo Padre a este misterio, para que las cantasen la música. Al fin, pondré una que vino a mis manos. Deseaba muchísimo que esta fiesta se celebrase en la Iglesia de Dios, y decía que como se celebraba 168 la de la Expectación y Nieves, porqué no se había de celebrar ésta, y no dudo, sino que si le diera Dios algunos años de vida, la solicitara con el Pontífice, mediante el favor del rey D. Felipe II y tantos príncipes eclesiásticos y seglares como le querían, para que se celebrara e hiciera rezo de ella, pues, desde tiempo de San Pedro Crisólogo. vemos hay sermones de esta huída de la Virgen Ntra. Sra. a Egipto. El P. Jerónimo hacía la fiesta el domingo adelante de la Purificación de Ntra. Sra. Era tan devoto de esta Señora que jamás tomó lá pluma en la mano y empezó plana, ora de cartas, ora de sermones, que la primera letra no fuese poniendo en la cabeza de cada plana una M en reverencia e invocando a María Sra. Ntra., de quien, aunque tan ruín como soy, tomé esta costumbre para valerme de este nombre de María.

Muchas veces y a muchos he oído tratar de donde tuvo principio el haber Recoletos en esta Provincia, pues en ella empezaron, aunque ya 168^v están extendidos por todas partes de España, sino es en Portugal, y aun han pasado ya a las Indias y Filipinas. Unos dicen que el santo y venerable Arzobispo de Santiago Fr. Agustín Antolínez; y éste no, sino lo que hizo fue señalar tres casas, la de nuestra señora del Pilar de Arenas, Santa Catalina de Badaya y San Pablo de los Montes; que en éstas sin mudar hábito, ni Constituciones, ni cosa de substancia, se guardasen al pie de las letras, con algunas otras que añadía de oración y de ayunos. Otros dicen que el P. M. Fr. Luis de León. Si bien este P. M. fue el que más lo animó, junto con el P. M. Fr. Pedro de Rojas, que fue Provincial, y que señalaron la casa de Talavera para ello, y enviaron a los PP. Fr. Francisco de Briones y P. Martel, y P. Fr. José de Parada, que fueron los primeros que se descalzaron y se vistieron como tales Recoletos, y de ellos han dimanado los demás, pues el intento no fue sino que en esta Provincia hubiese cuatro monasterios, a lo más, donde se 169 pudiesen ir a recoger y retirar los de la observancia y de allí volverse, sin más novedad, a imitación de los Recoletos de la Orden del glorioso P. S. Francisco. Pero quien fue el primer motor, quien despertó esto de Recolectión fue el P. Fr. Jerónimo de Guevara, no como están los Padres que hoy llaman Re-

coletos, sino muy distintamente, y más a lo retirado y tanto cuanto puede verse por las anotaciones que hizo el P. Ven. Fr. Jerónimo sobre la Regla de N. P. S. Agustín, que en este cartapacio irán cosidas y se verá cuán grandes fines e intentos tenía, y cuán desasido y desapropiado de sí mismo quería él estar y los que siguiesen aquella Recolección.

Para dar principio a esto y que se vea cuán hondas raíces y antiguas había echado la virtud y deseo de perfección en este mi Padre, diré al pie de la letra lo que el mismo dice en el párrafo doce: "Lo que digo es, que en la sazón de ahora, la cual plega a Dios N. S. goce muchos siglos 169^v España, no es de importancia que en la iglesia de unos pobres ermitaños de San Agustín haya ruido ni concurso de gente". Y añade luego: "Y aunque parecerá negocio de más burla que de veras, diré aquello que sabe Dios si es verdad, que esta misma traza del monasterio andaba yo imaginando y pensando en mi entendimiento, siendo muchacho de diez y seis a diez y siete años, no uno más a menos, y llegando a este artículo de las fiestas, imaginaba yo que para las fiestas del Santísimo Sacramento aderezábamos nuestro claustro que era pobrecito y pequeño, etc.". Iba prosiguiendo cómo había de ser (léase el dicho art. 12) y acábale diciendo: "Otras muchas cosas imaginaba entonces a este propósito y de todas ellas ninguna se me ha acordado tanto ni tan expresamente, ni ésta se me había acordado hasta ahora, a lo que puedo entender; plega Dios que pensamientos sembrados tantos años atrás y despiertos ahora, los ponga en efecto su Divina Majestad, pues, sin duda, son suyos, y en ellos no se pretende otra cosa sino agradarle 170 y servirle". Con estos deseos, pues, fueron los que al cabo de tantos años le incitaron a querer fundar un monasterio con tan grande perfección, como en aquellas anotaciones se verá. Séame lícito decir lo que me acaeció, cuando estando una noche en la celda del P. Fr. Pedro de Rojas, entonces prior de San Felipe, y el P. M. Fr. Luis de León, y nuestro P. Fr. Jerónimo de Guevara a la lumbre; yo era recién profeso, había dos (*días. El P. Fr. Jerónimo murió dentro de cuatro*) meses (1). Dios le tenga en el cielo. Hacíanme todos tres mucha merced, aunque era bien niño, pero por diferentes respetos, que yo nada

(1) Hemos podido reconstruir el texto gracias a la cronología que nos ofrece el mismo Quijano. El ejemplar utilizado por el P. Méndez presentaba el mismo texto viciado de nuestro copista (*Revista Agustiniána*, 1, 1881, 350).

merecía, y menos después acá; hiciéronme sentar a los pies del uno para que me calentase; empezaron a tratar de cómo y de qué manera habían de fundar el monasterio, cuán pobre, cuán apartado de bullicio, qué Constituciones y modo había de tener en hábito y todo; al fin, allí se decía una como idea del primer monasterio, cierto bien trazado y observante, al fin, como de tan grandes ingenios como eran los 170^v tres. Yo, aunque criatura, estábamelos mirando y oyendo, con mucha atención, y acuérdome que leía yo y pasaba la vida de la santa madre Teresa de Jesús, que ella había escrito, lo que le acaeció también cuando era niña, y hacía ermitas y querían ser ella y su hermano ermitaños; levantóme con la mano el P. M. Fr. Luis de León la cabeza, como que le mirase, y díjome: Fr. Juan, ¿y vos queréis ir con nosotros a ese monasterio? Díjele, sí por cierto, pero V. P. no ha de ir allá. Pues ¿cómo lo veís?, me dijo. Porque no, no me parece que V. P. ha de ir, ni es para tan áspera vida, déjela para el P. Fr. Jerónimo. De manera que el primer movedor de la Recolectión, el que habló al rey D. Felipe II, tan celoso de la observancia de las Religiones, para que lo encomendase al General Elpareense y que lo tratase y efectuase en el Capítulo que se celebró en Toledo año de 1588 fue nuestro venerable P. Fr. Jerónimo de Guevara. El fue el 171 que tenía ya (cuando murió, cuatro meses después de este Capítulo) allegados y pedidos algunos dineros entre aquellos Príncipes y Señores, para fundarlo, y lo que es más, determinados a seguirle y tomar el hábito tres Señores de Título: uno era el Duque Conde de Francavila, que murió conde de Salinas, que de aquí le vino la devoción y amparo que hizo después a los Recoletos. Pero como los juicios de Dios, y, como he dicho en diferentes ocasiones, nuestras imperfecciones son los estorbos para que Dios N. S. no nos haga ésta y otras semejantes mercedes. Como al cabo de algunos años después nos llevó al venerable P. Fr. Martín de Ayala, que había dado el principio al desierto de Ntra. Sra. del Destierro, en el reino de Galicia, junto a Malpica. Será mi Dios servido que pues el P. Fr. Jerónimo tomó por su amparo a esta Señora, cuando iba desterrada al Egipto, y ahora el P. Fr. Martín se ampara del mismo título, esta Serenísima Señora se acuerde de estos sus hijos que 171^v militan debajo de la Orden de Ermitaños, para que nos ayude y se sirva que, como ermitaños, la sirvamos y acompañemos, por los yermos y desiertos, por donde ella, con su benditísimo Hijo y su

Esposo glorioso San José, iba desterrada. Llevó Dios a nuestro venerable P. Fr. Jerónimo en Madrid, como he dicho y ahora digo, con todos sus Sacramentos, recibéndolos con gran ternura y devoción, y con tan lindo juicio y tan entero hasta que expiró, que fue cosa mucho de notar, despidiéndose con la última boqueada, diciendo su dulce nombre de María y que le fuese Madre. Al punto se publicó en toda la Corte; el rey D. Felipe II hizo sentimiento de ver cuán gran ministro y sazonado para servir mucho y muchos años a Dios se había muerto y faltado; los Grandes y Señores, que le habían seguido oyendo su doctrina siendo vivo, vinieron a acompañar y honrarle ahora muerto, y apenas, según me dijeron testigos fidedignos y de 172 vista, quedó ninguno que no fuese con muchas lágrimas y un sentimiento de corazón, y tan grande que en muchos días después decían no tenían ánimo para entrar en San Felipe, viendo lo que habían perdido de consuelo de sus almas. Lleváronle hasta la sepultura estos mismos Señores, que no consintieron que los religiosos lo llevasen, para pagarle con esta última acción el amor y respeto que le tenían. Después me dijeron cómo la Madre Ana de Jesús, Priora de las madres Carmelitas Descalzas, de quien arriba hice mención, encomendándole a Dios su alma tuvo revelación de que estaba gozando y con muchos grados de gloria, por el celo que había tenido en la conversión de las almas en sus sermones y el grande que tenía de servir más a Dios N. S. y por la devoción tan tierna y dulce que había tenido a la Virgen María Sra. Ntra. Y puédesse tener por muy cierta esta revelación por ser de persona tan santa, cuya 172^v vida y muerte la ha Dios N. S. aprobado con grandes maravillas.

Disticum de Ruperto

Partus et integritas discordes tempore longo
Virginis in gaemio foedera pacis amant.

Tradujo este dístico el P. Fr. Jerónimo en romance:

La doncella y el parto que, reñidos
luengo tiempo estuvieron,
Virgen, en vuestro seno convenidos,
eterna paz tuvieron.

A la Virgen Señora con su hijo en los brazos. El mismo:

Y por quitarme de embarazos
traígole conmigo al sol en brazos.

El mismo. Soneto a la gloriosa Magdalena.

Una dama gentil que se veía
presa de amor por deudas que hizo amando,
cuidaba pensativa, imaginando
cómo pagar gran suma que debía.

Cuanto más de lo amado se dolía 173
amaba más, e íbase abrasando:
agrádale un consejo de ir pagando
deudas de amor, amando todavía.

De los ojos habrán de despeñarse
sendos ríos que crien tal tesoro.
que la deuda menor es tanta paga.

Rica moneda es esta con que paga,
pues dicen que no sabe de cuñarse
por ser metal de más quilates que oro.

A la huída de Egipto. Del P. Fr. Jerónimo.

Lindos pasajeros,
si buscáis mesón,
a mi corazón.

Si buscáis posada
por este desierto,
no paséis el puerto
que es mucha jornada,
y a la madrugada
saldréis del mesón
de mi corazón.

Madre y Virgen pura, 173^v
niño, hombre y Dios,
y el que entre los dos
tuvo tal ventura,
viene noche obscura,
entrad al mesón
de mi corazón.

De mancilla os digo
 que hace crudo yelo
 y os persigue el cielo,
 aunque es vuestro amigo,
 si buscáis abrigo
 por algún mesón,
 a mi corazón.

Venid de buen grado
 no temáis la cuenta:
 dueño de la venta
 es un vuestro esclavo
 negro, bien pagado
 tenéis ya el mesón
 de mi corazón.

Lindos pasajeros 174
 si buscáis mesón,
 a mi corazón.

Hieroglífico a la Virgen del Rosario del P. Fr. Jerónimo de Guevara. Letra. Posuerunt me custodem in vineis vineam meam non custodivi. Cantic. 1.º

Hase de pintar a la Virgen Señora Nuestra con el Niño en el brazo izquierdo al hombro, y en la mano derecha el rosario colgado y amenazando con él. Y la imagen ha de estar en un cerro de viñas, en lo más alto de él y fuera de la viña, pintados muchos demonios en figuras de zorros, osos, leones y otros semejantes, como que están acechando y que no pueden entrar, y esta letra:

Con su hijuelo y su venablo
 guarda y defiende las viñas
 la más linda de las niñas
 contra mundo, carne y diablo.

Su niño por maza y lanza 174^v
 y por honda su rosario
 cualquier ladrón y adversario
 de nuestras viñas alanza.

A la huida de la Virgen Nuestra Señora a Egipto.

Señora, cuando llegares
 allá a las tierras extrañas,

si donde vivir no hallares
yo os daré mis entrañas.

Virgen, si allá entre gitanos
no descubrieres el abrigo,
en un pecho bien tu amigo
le pondrán labrar tus manos.

No son cumplimiento vanos
ni burlas, ni son marañas,
si donde vivir no hallares
yo te daré mis entrañas. 175